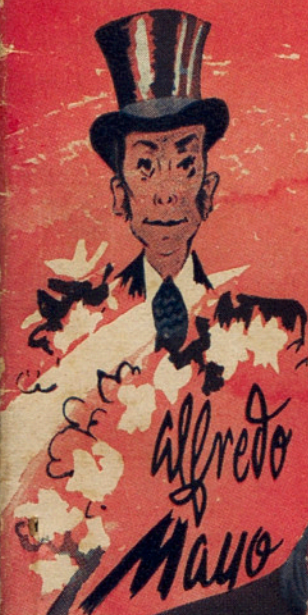


Deliciosamente tontos



Ampanito
Rivelle



PRODUCCION ESPAÑOLA

MONTSE RRAT

DELICIOSAMENTE TONTOS

PROHIBIDA LA REPRODUCCION

VDA. J. FERRER COLL - VALENCIA, 197. BARCELONA

EDICIONES BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS**

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

DELICIOSAMENTE TONTOS

Amenísima comedia cinematográfica

Argumento de
M. TAMAYO y A. ECHEGARAY

Guión técnico y Dirección:
JUAN DE ORDUÑA

Cámara:
ALFREDO FRAILE

Música:
JUAN QUINTERO

Estudios: TRILLA ORPHEA

Es una producción



Intérpretes:

ALFREDO MAYO

AMPARITO RIVELLES

ALBERTO ROMEA

MIGUEL POZANCO

F. FREYRE DE ANDRADE

Antonio Riquelme

Francisco Martínez Soria

Faustino Breña

Pedro Barreto

Fortunato Bernal

Julio Infesto

Pedro Mascaró

Dolores Castillejo

Carmen Arroyo

Fernando Porredón

Animadora: Rina Celi

**Argumento narrado por
Ediciones Bistagne**

Deliciosamente tontos

Argumento de la película

Dando tumbos por los baches del camino polvoriento, avanzaba el carricoche con mucha lentitud. El paisaje tropical se desarrollaba a su paso con toda la exuberante belleza de una campiña eternamente floreciente. Las palmeras gráciles se alzaban al cielo sobre sus tallos finos, que parecían erguirse en una plegaria, y allá arriba, los penachos de sus hojas, de un verde brillante, se habrían como abanicos majestuosos, destacándose sobre el cielo de un intenso azul cobalto.

Las plantaciones de café y de tabaco se perdían hasta donde la vista alcanzaba, y los campesinos, mestizos o negros, trabajaban bajo el ardoroso sol de los trópicos entonando dulzonas canciones en el melodioso hablar de la tierra cubana, que era ya por sí sólo un canto.

Fustigaba el cochero a los caballos,

sin gran entusiasmo, y, en el interior del coche, el viajero comenzaba a impacientarse. Llevaba ya muchas horas desde que habían salido de La Habana, muchas horas rodando por aquellos caminos mal cuidados, llenos de polvo y de piedras, que le zarandeaban de un lado a otro, con muy poco respeto a su personalidad y con muy poco cuidado a su cuerpo, harto machucado por el viaje inacabable que venía haciendo desde España, y que duraba desde hacía algunas semanas.

Procuraba acomodarse lo mejor que podía entre los almohadones, pero un nuevo tumbo le hacía perder el equilibrio y mandaba a rodar todo lo que él había construido para su comodidad.

Era un hombre joven, apuesto, galán, y de su rostro emanaba una franqueza y una simpatía innatas, pero aho-

ra estaba un poco fatigado y tenía distendidas las facciones por la ansiedad del arribo.

En uno de los tumbos del coche, tuvo que sostener en el aire su alto sombrero de copa, y, al notar que los caballos se habían parado, asomó el rostro por la ventanilla y preguntó al cochero, un viejo negro de pelo canoso y rostro arrugado, que no se inmutaba por nada y que no parecía aguijoneado por la prisa, como el caballero:

—¿Qué pasa?... ¿No sabe andar con más cuidado? ¡No querrá usted que volquemos en estos caminos del diablo!

—No ha sido nada, mi amo ... replicó el cochero con el dulce acento cantarán de la tierra—. Unas piedresitas no más...

—¡Piedresitas! —remedó el que iba dentro del coche—. A mí me han parecido pirámides...

—Aquí las llamamos piedresitas —replicó, de buena fe, el cochero negro.

—Está bien, pero dese prisa. Necesito estar a las doce en punto en el ingenio. No puedo retrasarme ni un solo minuto.

—Estará, mi amo, estará. Descuide...

Ante la calma del cochero el viajero hizo un gesto de furiosa impaciencia y volvió a acomodarse como mejor pudo en el vehículo, que había emprendido de nuevo su marcha.

Con gesto de malhumor cogió un li-

bro e intentó leer, pero el continuo traqueteo del coche le impedía hacerlo y se conformó con mirar por la ventanilla el paisaje que, lentamente, con desesperante lentitud, pasaba ante sus ojos por el reducido cuadro del cristal.

Los campos se extendían hasta lo infinito bañados por un sol intenso, deslumbrante, y la brisa movía apenas las hojas de los arbustos, agitando únicamente con más fuerza los penachos airosos de las palmeras.

Los campesinos cantaban melodías sentimentales y se escuchaba mezclado a ellas el sonsonete de las maracás que acompañaban a las canciones con monorrítmico sonido.

De tiempo en tiempo, el viajero se secaba el copioso sudor que manaba de su frente. No estaba acostumbrado al calor tórrido de Cuba. Y añoraba con nostalgia infinita el aire del Guadarrama recibido en pleno rostro en las frías noches madrileñas. Quería llegar pronto para poder también emprender pronto el viaje de regreso. Era absurdo todo lo que le sucedía, pero, por lo absurdo, no dejaba de tener su especialísimo encanto.

Al volver el recodo de un camino, Ernesto de Acevedo vió a un pastorcillo y una pastorcilla que guardaban un rebaño de ovejas, mirándose a los ojos amorosamente. Sus rostros, negros como el betún, brillaban al sol como si fueran de bronce, y en ellos, la blan-

cura de los dientes vislumbrados a través de sus amorosas sonrisas, resaltaban como finas perlas sobre un fondo de terciopelo.

Cuando Ernesto llegó al ingenio, al entrar en el salón donde fué conducido, le pareció ver reproducido en bronce de verdad, el grupo que acababa de ver en el campo. Sobre una gran consola, un reloj monumental mostraba el grupo de una pastorcilla sentada sobre un pedrusco, mirando a un rebaño de ovejas que pacían plácidamente en una eterna quietud, mientras escuchaba embelesada la música que figuraba salir del caramillo que el zagalejo tenía colocado en los labios.

Ernesto sonrió y vió, con grata sorpresa, que en la esfera enorme del reloj, cifrada con números romanos, las manecillas marcaban las doce menos un minuto. ¡Por fortuna había llegado a tiempo.

—Pase, pase usted, don Ernesto —dijo la voz venerable del viejo notario don Cástulo Bonilla, que estaba sentado tras la mesa enorme que había en el centro de la habitación, mientras hojeaba grandes legajos colocados sobre ella.

—Perdone mi tardanza. ¡Creí que no llegaba a tiempo! Desde que salí de España todo han sido contratiempos y retrasos. Les pido perdón por presentarme en esta forma—dijo el recién lle-

gado mostrando su traje de camino arrugado y lleno de polvo.

—No tiene que disculparse. En este caso soy yo el que debe pedir perdón por las molestias que le haya podido causar el viaje. Así me lo encargó el difunto don Remigio, y me he visto obligado a cumplir sus órdenes...

—De todas formas... —quiso argüir de nuevo Ernesto de Acevedo.

—Nada, nada —interrumpió el notario ampulosamente—. Lo que tiene importancia es que estuvieran hoy aquí, a las doce en punto, usted y la señorita María Espinosa. ¿No se conocían ustedes, verdad? —inquirió, mirando primero a Ernesto y luego a una bellísima muchacha de unos veinte años, romántica y vaporosa dentro de su traje negro, que sonrió con dulzura y tristeza.

—No tengo este honor.

—María Espinosa... el señor don Ernesto Acevedo —presentó el notario.

Los dos jóvenes se saludaron cortésmente y don Castulo siguió:

—Siéntense, siéntense... Y presten mucha atención a mis palabras. Señorita... caballero, ha sonado la hora... —dijo, escuchando en el monumental reloj las doce campanadas que vibraron en el silencio del amplio salón—. En este momento, hace precisamente un año, murió don Remigio Espinosa, mi cliente y buen amigo. Su última voluntad fué que les reuniera en esta sala a

las doce en punto del día de hoy, y, afortunadamente, aquí estamos los tres para cumplir la voluntad del difunto... Van ustedes a conocer una de las páginas más románticas que se han escrito de poco tiempo a esta parte: el testamento de don Remigio Espinosa, fallecido en 1841, hoy hace un año exacto... Don Remigio era un hombre un poco especial. Llegó a Cuba hace muchos años en busca de fortuna, y la consiguió gracias a la ayuda de su abuelo, señor De Acevedo.

—Conozco la historia — asintió Ernesto.

—Tanto mejor. Así no le extrañarán las disposiciones que a su muerte dejó escritas mi difunto amigo don Remigio Espinosa... Don Ernesto Acevedo... señorita María Espinosa... Mírense bien a la cara... — dijo con prosopopeya el notario.

Ernesto y María hicieron un gesto de asombro y se miraron con una muda mirada de interrogación.

—Sí, sí, es imprescindible. Mírense un momento, por favor—insistió don Cástulo—. Qué... ¿se gustan? — preguntó, cuando los dos jóvenes hubieron obedecido.

Ernesto, sintiendo una honda indignación, se puso en pie y replicó con dignidad:

—¡Caballero!

—No hay por qué enfadarse... Yo cumplo con mi obligación como o no-

tario de don Remigio. Esta escenita la preparó él.

—Pues no me parece nada serio—arguyó Ernesto, todo sofocado de ira.

—No se acalore, joven, y comprenda la importancia de mi preguntita... Conque, ¿se gustan o no se gustan?...

—Ernesto — murmuró María, que hasta entonces había permanecido callada—papá quería tanto a su papá de usted, que su mayor deseo era que se casara usted conmigo... Yo siento hablarle con esta rudeza, pero me opuse a ello rotundamente porque... porque... ¡porque estoy enamorada de otro! — concluyó la niña casi llorando.

Ernesto se quedó muy serio y luego rompió en una franca, en una alegre, en una estrepitosa carcajada.

—¡Esto tiene gracia!... ¡Qué cosa más graciosa!... ¡Pero si es lo más divertido que podía ocurrirme!...

—¿Se puede saber por qué se ríe de ese modo? — inquirió la muchacha, muy extrañada y dolida de la hilaridad que habían despertado sus palabras.

—Perdóneme... No es muy galante por mi parte reír de este modo, lo sé... pero es que me hace una gracia enorme la idea genial de su señor padre... ¡Disponer un matrimonio cuando usted está enamorada de otro y... y yo hace ocho meses que me he casado! ¡Es para morir de risa!

—Y... ¿no podría usted anular su

matrimonio? — preguntó don Cástulo.

—¡Caballero! — volvió a exclamar Ernesto, ofendido en su dignidad y en su amor.

—No se moleste usted a cada palabra, porque así no llegaremos a entendernos nunca. Tenga presente que, si se consumara el matrimonio entre ustedes dos, percibirían la fortuna íntegra de don Remigio... ¡Unos treinta millones!... Si no, habría hecho usted el viaje en balde, amiguito...

Ernesto se quedó como si un rayo le hubiera fulminado, pero Mary, con mayor presencia de ánimo, con esa entereza que sólo la mujer tiene para las grandes ocasiones, se acercó a él y le dijo con dulzura, pero con firmeza inquebrantable:

—No busque usted ninguna solución. ¡Yo no me casaré nunca con usted! ¡Todo el oro del mundo no vale lo que el cariño de mi Guillermo!

—Tranquilícese, Mary — replicó Ernesto sonriendo—. Yo daría gustosamente mi vida entera por Luisita, mi mujer... ¡cómo no voy a despreciar una fortuna!

—Gracias, Ernesto...

—No tiene que dárme las; estamos en las mismas condiciones.

—Bueno, concretemos... ¿qué deciden ustedes? — preguntó don Cástulo, impaciente.

—Que renuncio a la fortuna y a la boda—dijo Ernesto.

—Y yo también—afirmó María.

—Está bien... ¡Estas son las consecuencias de una ola absurda que corre por el mundo! ¡Despreciar treinta millones por no ser infieles al amor!... ¡Qué majadería!

—Estoy decidido—dijo Ernesto.

—Nada me hará cambiar de opinión —añadió María.

—De acuerdo. No pienso insistir. Me limitaré a cumplir estrictamente con mi obligación. Les ruego que escuchen las disposiciones testamentarias de don Remigio Espinosa.

El notario comenzó a leer:

“Yo, Remigio Espinosa y Bernal, etc. etcétera, etc. Dispongo: Primero: que toda mi fortuna pase a mi hija Mary y a Ernesto Acevedo, si se casan. Si no se casan, mi capital se depositará en el Banco de La Habana, entregándose al primer matrimonio que se celebre entre descendientes de mi hija y del citado Ernesto Acevedo. Segundo: la cláusula primera quedará nula al cumplirse un siglo de mi fallecimiento y mi fortuna pasará al Estado si no se ha verificado ningún matrimonio. Mi decisión extrañarán a mi hija y a Ernesto, tanto como a los descendientes de Ernesto y de mi hija, si ellos no se casan, pero yo soy así y dispongo de mi dinero como me parece conveniente...”

Desde lo alto de un cuadro al óleo, enmarcado en gran marco dorado, don Remigio Espinosa sonreía maliciosa-

mente ante la escena que él había preparado antes de morir, y que hoy le hacía gozar desde su tumba, pues había logrado desconcertar a sus herederos hasta el punto de burlarse de ellos con una burla un poquito cruel.

...y seguía sonriendo con la misma sonrisa burlona pasado casi un siglo de aquella escena. Sólo que el cuadro ya no tenía aquel enorme marco dorado, sino un gracioso marco moderno que realzaba más la figura de patricio del difunto tatarabuelo de la muchachita que hoy danzaba por el gran salón del ingenio, transformado por sus manos de mujer moderna, y en cuyas paredes, además de los retratos de los antepasados, se veían las fotografías de algunos artistas de cine, algunos cuadros de la escuela moderna de pinturas alegres y vibrantes de colorido, y sobre la gran consola el reloj monumental, seguía mostrando sus figuras de bronce: el pastorcillo que tocaba el caramillo cantando sus amores a la zagala que miraba con mirada vaga al rebaño que pacía tranquilamente en una eterna postura de nostálgicos recuerdos.

En una de las paredes, además de todos los cuadros y cuadritos que la chiquilla había ido colocando para dar un tono alegre a la severidad del conjunto, había cinco marcos iguales: cuatro de ellos mostraban la fotografía de otros tantos varones, algo ridículos, alguno viejo, cursis todos, mientras el

quinto cuadro permanecía vacío, en espera, sin duda, del retrato que había de llegar.

Parada ante aquel marco vacío, María de Espinosa, una encantadora criatura de veinte años, suspirando hondamente decía, hablando a un caballero grueso, de rostro optimista y cara simpática:

—¡Ay, tío!... Creo que ése sí va a ser un hombre maravilloso... ¡Estoy segura! Ha ganado dos concursos de natación seguidos.

Los ojos grandes, negros, inocentes, ingenuos, de la chiquilla, tenían destellos de luz que desmentía discretamente todo eso de la inocencia y la ingenuidad, mientras su boca roja y jugosa reía con una sonrisilla picaresca y burlona que hubiera podido hacer pendant con la que desde el óleo de su retrato tenía la boca de su antepasado caprichoso, que había dejado su fortuna pendiente de una cláusula matrimonial.

—¡Si al fin te decidieras! — suspiró a su vez tío Pepe, mirando a su sobrina con una mirada de duda.

—No sé... pero me parece que debe de ser un grosero. ¡No me ha contestado ninguna de las tres cartas que le he escrito!

—Pues hay que decidirse — arguyó un tercer personaje, el descendiente directo de aquel notario que había abierto el testamento del difunto don Remigio y, por lo tanto, heredero de la última voluntad del finado que venía obligado a hacer cumplir—. Dentro de dos meses se cumplen los cien años de la muerte de don Remigio... Si Ernesto no escribe escoja usted otro.

—Esto le digo yo — añadió tío Pepe, que hizo un gesto agrio al escuchar el ladrido del perrillo faldero de Mary, que venía corriendo a ella y que la chiquilla tomó amorosamente entre sus brazos—. Este segundo, con bigote, no está del todo mal — añadió, mostrando uno de los retratos que pendían de la pared.

—¿Tú te casarías con él, tío? — preguntó Mary, mientras acariciaba a su perro y miraba con desdén al de los bigotes que, dicho sea con perdón, era una grandísima birria.

—¡Hombre!... Yo... a mis años...

—Contesta sin subterfugios, tío Pepe.

—Evidentemente, Mary tiene razón... ¿Usted se casaría con ese señor?... ¡A mí me parece una foca! — aseguró don Cástulo el notario.

—Ustedes están locos... y yo soy un hombre serio.

—Y yo una mujer con ilusiones — replicó prestamente María, que no dejaba de mimar a su perrito—. Ernesto es, de los cinco Acevedos, el único que me inspira algo de interés. Desde luego que no pretendo renunciar a la herencia... ¡eso eran cosas de aquellos románticos tiempos!... pero sí esperaré

hasta el último momento antes de decirme por uno de esos ancianos venerables... Soy una mujer práctica, pero no me gusta prescindir por completo del sentimentalismo...

—Pues te advierto, sobrina, que la cosa está muy mal y no podemos andar con remilgos... Ayer perdí dos mil dólares en el casino, jugando al póker.

—Tío Pepe, no olvides que la herencia, cuando me case, será para mí.

—¡Ingrata! — suspiró tío Pepe. Y con más hondo suspiro añadió—. ¡Ay, quién hubiera nacido mujer! — y le pasó a don Cástulo el perrito que Mary le había entregado para poder servir ella unas copitas de licor.

—¡Caballero! — murmuró el notario, no sabiendo qué hacer con el perro.

—No se extrañe — siguió diciendo tío Pepe sin hacer caso del embarazo que el perro causaba al notario—. Si yo hubiera sido una joven morena, con ojos rasgados y labios de fuego, me hubiera casado hace veinte años con cualquiera de esas cacatúas y ahora sería millonario... ¡Pero, durante cien años, Acevedos y Espinosas hemos nacido todos varones! ¡Es imperdonable!

—Efectivamente, es un caso singular — comentó don Cástulo que se deshizo del perro dejándolo sobre uno de los altos taburetes que estaban frente al mostrador del pequeño bar que Mary había hecho construir al fondo del ve-

tusto salón—. ¡Y menos mal que su difunto hermano rompió la tradición masculina de la familia!

—El día que nací yo creo que fué un acontecimiento en Guanabacoa — rió Mary mientras preparaba unas bebidas—. Los periódicos me dedicaron hojas enteras y los telegramas de felicitación llegaron de todas las partes del mundo.

—Sí, lo recuerdo muy bien. Yo estaba entonces en Buenos Aires y fué tal mi alegría al saber que había usted nacido mujer, que me pasé veintitrés días de juerga...

—¿Y a usted qué le importaba el que yo fuera mujer u hombre? — preguntó María al notario.

—¡Casi nada!... Si yo pago la honoraria tengo que descontar los honorarios de nueve notarios antepasados míos, que han llevado este asunto.

—¡Para una mujer es maravilloso sentirse tan interesante para todos!— rió la muchacha, mientras agitaba la coctelera.

—Para todos... menos para Ernesto —comentó don Cástulo, echando un jarro de agua fría a las ilusiones de la chiquilla.

—También para él lo seré. Le he vuelto a escribir enviándole una fotografía. Tendrá que ser de hielo para no contestarme.

—¡A lo peor...! — musitó don Cástulo.

—¡Dichoso animalejo! — gruñó tío Pepe por el perrito, al que Mary había colocado sobre el mostrador y le daba a beber cóctel en un plato.

No lo podía remediar, pero el animalito le era antipático, sumamente antipático.

Allende el Atlántico, en su casa de soltero, admirablemente puesta, elegante y distinguida, Ernesto Acevedo leía en voz alta una obra de Shakespeare:

Tarda amistad que nace con el día,
triste el sol de esta paz será testigo.
Venid, más que hacer hay todavía.
Unos tendrán perdón y otros castigo.
Que es triste historia, que afligido veo
la historia de Julieta y Romeo...

Cerró el libro, soltó una carcajada y dijo, dirigiéndose a su criado:

—¡Qué deliciosamente tontos eran Romeo y Julieta!... ¿Verdad, Dimas?

El mayordomo, severo, rígido, con largas patillas a lo largo de su rostro, estaba sirviendo un whisky a su amo, y contestó a tiempo que enfocaba en la copa la boca del sifón:

—Deliciosamente tontos, señor... ¿Más soda?

—No—contestó Ernesto, que estaba materialmente hundido en una butaca, con los pies encima de la mesita donde Dimas le servía la bebida.

Era Ernesto un muchacho fuerte, ágil, con tipo de deportista y rostro curtido por el sol; elegante, distinguido, un poco serio, pero con la risa fácil cuando le apetecía reír, y con una mirada franca y noble que daba luz a todas sus facciones.

Se quedó un momento callado y, entre sorbo y sorbo, preguntó a su criado al que tenía mucha confianza y con el que se complacía conversar en algunas circunstancias:

—Oye, Dimas, ¿tú crees en el amor?

—Yo soy un escéptico — replicó el mayordomo con mucha prosopopeya.

—Sin embargo, hoy te he visto besar a la doncella...

—Consecuencias de mi escepticismo, señor...

—Más soda — ordenó Ernesto.

El mayordomo obedeció. Ernesto bebió, llenó de nuevo la pipa, la encendió con calma y luego, como si continuara en voz alta su monólogo interior, susurró:

—Su imagen ha quedado clavada en lo más hondo de mi corazón...

—Ja, ja, ja... — rió Dimas sin poderse contener. Pero, reaccionando en el acto, recobró toda su compostura y dijo:

—Perdone el señor, pero yo creo que el amor que nace así, de pronto, es una ridiculez.

—Y el que se amara durante años enteros es una vulgaridad. Shakespeare, que era un innovador, creó con el chispazo de una mirada los amores de Romeo y Julieta.

—¡Deliciosamente tontos, señor!

—Está bien, puedes retirarte — ordenó Ernesto que ya se había cansado de conversar.

Saludó el mayordomo respetuoso y salió del despacho, mientras Ernesto se acercaba a la ventana con ese gesto melancólico con que toda persona que se siente demasiado sola se acerca en busca de la luz, del horizonte, de lo infinito que puede captar a través de los cristales de su ventana.

—¡Dimas! — llamó Ernesto cuando ya el criado iba a cerrar la puerta.

—Señor.

—Acércate. Hoy he recibido otra carta de Guanabacoa. La cuarta que recibo en treinta días.

—Que, sin duda, es la que ha creado en el señor ese desequilibrio romántico.

—Sí. Con la carta venía una foto-

grafía — replicó Ernesto, pensativo y lejano.

—La aventura se complica. Habrá que buscarle una solución, señor.

—Creo que ya la he encontrado. Dame más whisky. ¡No puedes imaginarte qué carta me ha escrito! Lo malo es que he tenido un momento de flaqueza y he contestado... Es más, he mandado una fotografía...

—¡Imperdonable, señor!

—No te alarmes... La fotografía era tuya... Perdóname, Dimas, pero era necesario. Te subiré el sueldo. Se trataba de un compromiso ineludible... La niña es una monada y tiene una facilidad de pluma genial. Si me escoge por marido no me importará, aunque, créeme, le tengo miedo... ¿Qué te parece? — preguntó, mostrando a Dimas la fotografía de Mary que había recibido.

Dimas sonrió con la más encantadora de sus sonrisas, que abrió su boca de patilla a patilla, y replicó:

—No está mal...

* * *

—No está mal... — decía allá, en Guanabacoa, Mary Espinosa, al recibir la fotografía que Ernesto le había mandado, mientras la contemplaba con un poco de desdén y la colocaba en el último marco que quedaba vacío.

—¿Te gusta? — le preguntó su tío, que estaba ansioso porque su sobrina

se casase y así vivir él, con su herencia, una vida muelle y regalada.

—He dicho que no está mal. Eso no quiere decir que me guste... Esperaba otra cosa, la verdad. ¡Nunca pensé que pudiera tener esas patillas un campeón de natación!

—Mirándolo bien, despacio... tiene un no sé qué de audacia en la mirada...

El tío Pepe, que se había quedado con el fósforo encendido en la mano, sin haber logrado encender el puro que llevaba en la boca, dió un grito y sacudió los dedos al sentir en ellos la llama de la cerilla. Y queriendo disimular aquel gesto que debía de haber resultado un tanto ridículo, se acercó a su sobrina, que tecleaba en el piano, y le preguntó:

—¿Pero de verdad no te gusta ninguno?... Mira, éste es un geólogo eminente...

—No te molestes, tío, no me gustan ni el geólogo, ni el arquitecto, ni el hipnotizador... ¡No me gusta ninguno!

—No irás a volverte atrás ahora... ¿eh? No estamos en condiciones de rechazar una fortuna. Ayer, sin ir más lejos, he perdido mil dólares. ¡Me mataron un póker de caballos!

—¡Pobrecillos! — comentó Mary sin dejar de teclear insistentemente en el piano—. Pero no te preocupes, tío, me casaré...

—¿Con cuál?

Mary alargó a tío Pepe la fotografía de Dimas, y esperó a ver el efecto que surtía.

—¡Con el nadador! — exclamó el tío, haciendo una carantoña a la fotografía y diciéndole, como si estuviera ya delante de una persona de carne y hueso—. ¡El hado te sonríe, tritón de los mares!...

—Tienes que ocuparte de todo, tío. Ernesto dice en su carta que si accedo a casarme con él me mandará un poder. No puede venir a la boda. ¿Quieres ser tú su representante?

—¡Encantado!... Ya que no me he casado nunca de verdad... me casaré contigo de mentirijilla — dijo tío Pepe, muy contento al ver el cariz que iban tomando las cosas.

Todo se preparó con la máxima rapidez. Tío Pepe tenía prisa en casar a su sobrina y además el tiempo apremiaba. No podían dejar pasarse aquellos dos meses y que expirara el plazo concedido en la cláusula del testamento de don Remigio, el caprichoso antecesor de María Espinosa. Por esta razón se precipitaron los acontecimientos, y, a los acordes de la marcha nupcial, entró María en el templo del brazo de su tío don José, a celebrar, sin novio, o mejor dicho, con un novio imaginario, la ceremonia de la boda.

Estaba ella monísima con su traje de novia, y los invitados comentaban vivamente el suceso, curiosos de un acto

poco acostumbrados como era aquella boda por poder que tan extraña se hacía a los ojos de quienes estaban acostumbrados a ver a los dos novios y a comentar la belleza de uno y otra y si hacían buena pareja o no. Allí sólo podían hablar de ella, porque tío Pepe no era más que un fantoche que acompañaba a su sobrina al altar en nombre de aquel desconocido que se llamaba Ernesto Acevedo y del que nadie sabía nada más que era el último descendiente de los Acevedo, que tenían derecho a la fortuna de don Remigio si lograban casarse con la rica heredera.

—¡Animo, sobrina! — le decía tío Pepe por lo bajo—. No puedes imaginarte cómo me emocionan estas ceremonias.

—¡Qué cara dura tienes, tío Pepe! —replicó ella también por lo bajo, dándole un pellizco en el brazo sobre el que apoyaba su manita enguantada.

—Lo que siento es que no haya venido el novio — comentaba un respetable caballero que llevaba el pecho cubierto de condecoraciones y vestía uniforme de diplomático.

—Le ha sido imposible... Figúrese un viaje tan largo... Mary me ha dicho que no podía dejar abandonados sus negocios en España. ¡Lo nervioso que estará en este momento el pobre muchacho! — replicó la señora que le hacía de pareja.

—Ahora serán en Madrid... — mur-

muró el caballero, consultando su reloj —las cinco y doce minutos.

* * *

El “pobre muchacho”, a las cinco y doce minutos de la mañana, dormía apaciblemente en su cuarto de soltero, olvidado por completo de que en aquellos momentos se estaba transformando en un hombre casado, cuando una música extraña y unos golpes dados en la puerta de su cuarto, le despertaron, le obligaron a saltar de la cama y, vistiéndose el batín, salió a ver qué era lo que ocurría.

Se encontró frente a su ayuda de cámara, su cocinera, que había sido su nodriza y la doncellita, una muchacha estupenda a cuyos encantos no era el mayordomo del todo indiferente.

—¿Pero qué pasa? ¿Os habéis vuelto locos? ¿A qué viene ésto? ¿Por qué habéis puesto ese disco en el gramófono?

—El señor no ignora que en este momento se está celebrando su boda—dijo Dimas, arrojándole un puñadito de arroz muy discreto, pero que molestó mucho a Ernesto.

—¿Mi boda?... ¿Es verdad!... ¡Me había olvidado!

—Imperdonable, señor.

La cocinera y la doncella aprovecharon el momento para arrojar también ellas su puñadito de arroz, y la coci-

nera, sacando de debajo del delantal una botella de champaña, se la entregó medio llorosa a tiempo que le decía:

—Permítame el señorito que le ofrezca esta botella para festejarlo.

—Y yo le he comprado esta corbata —señorito — ofreció la doncella, entregándole una corbata de un dibujo horroroso.

¿Pero por qué os habéis molestado? ¡No merecía la pena!

Dimas había ido a buscar unas copas y las trajo en una bandeja, junto con un libro que ofreció a su señor:

—Este es mi pequeño obsequio en día tan señalado—dijo.

Ernesto tomó el libro y leyó su título: *Las Tragedias*, de Esquilo.

—Muy significativo, Dimas... Gracias... Te agradezco tu atención —dijo Ernesto, y, tomando la copa rebosante de champaña, alzó y dijo, son una cómica seriedad.

—Emocionado, levantó la copa para brindar por todos, a pies del abismo... o de la gloria...

—¡Por su felicidad, señorito, Ernesto! — exclamó la cocinera, hecha un mar de lágrimas—. Déjeme que le bese... ¡Le he visto nacer! ¡Podría ser su madre

—¡Claro, ama, no faltaría más! — asintió Ernesto, dejándose besar por la gruesa mujer, que le dejó todo el rostro húmedo de lágrimas—. A ti un abrazo, Dimas, y a tí...

—¡Que yo no le he visto nacer, señorito! — rió la doncellita, tendiendo la mano.

Ernesto se la estrechó, y bebían el champaña, cuando el timbre del teléfono, tocado con insistencia, vino a romper el encanto de aquella escena conmovedora.

—¿Quién será el pelmazo que llama a estas horas? — dijo Dimas, corriendo al auricular.

...Diga... ¿Quién?... ¿Cómo?... ¡De Guanabacoa! — exclamó Dimas, con gran asombro.

—¡Ella! — murmuró Ernesto, no sin emoción.

—Sí.

—¿Tiene bonita la voz?

—Un poco ronca.

—Trae — dijo Ernesto, cogiendo el teléfono, pero, pensándolo mejor, lo volvió a entregar al criado, diciéndole—: No, si tú eres yo, tu voz será mi voz, habla tú...

—¿Cómo?

—Que hables tú. Yo no existo — ordenó Ernesto en voz baja.

—Aló Guanabacoa al habla, alo... — decían a otro lado de hilo.

—Háblale con tranquilidad, como si fueras yo mismo — aconsejó Ernesto, que estaba muy nervioso.

—Señor... yo...

—Vamos, vamos, no hagas esperar—mandó, haciendo que destapara el micrófono y obligándole a hablar.

—¿Qué hay, vidita?... ¿Cómo estás?

—Preguntó Dimas, temblándole un poco la voz—. ¿Te has casado?

—¡Ernesto, hijo mío!... Yo no soy vidita... soy tu tío Pepe — dijo la voz a través del espacio.

—Es el tío Pepe — murmuró Dimas, volviendo a tapar el micrófono con la mano.

—¿Qué tío Pepe? — preguntó Ernesto.

—No sé.

—Contesta, di algo, vamos.

—¡Hola!... — murmuró Dimas, des- tapando el micrófono.

—Más cosas, hombre, no te cortes...

—Hola, hola, hola... — repetía Dimas, que estaba azoradísimo.

—¿Qué tal, Ernesto? — decía la voz de don José—. Acaba de terminar la ceremonia. Ya eres un hombre casado. He querido ser el primero en darte la enhorabuena, pero ahora me retiro. Mary está impaciente por hablarte contigo...

Ahora era la voz de Mary la que hablaba, y sin gran entusiasmo saludó:

—¡Hola, Ernesto!

—¡Hola, Mary, hola! — replicó Dimas, dando a Ernesto lánguidas miradas de angustia.

—¿Pero no vas a salir del saludo? Dile algo bonito — murmuró éste que estaba desesperado de la poca elocuencia de su criado.

—No es tan fácil decir algo bonito.

Yo no estoy acostumbrado a estas cosas. Soy un escéptico — murmuró Dimas, sin acordarse de tapar el micrófono.

—Lo comprendo... — contestó Mary a lo lejos—. Una boda tan rara como la nuestra hace escéptico a cualquiera. A mí tampoco me salen las palabras...

—¿Qué dice usted?

—Háblale de tú — indicó Ernesto.

—¿Qué dices? ¿Que no salen las palabras?... No me extraña... Si estuvieras aquí, a mi lado... No dejes vagar la mirada por los campos magníficos de café. Olvida el susurro tenue de las palmeras movidas por la brisa tropical... No escuches las plácidas tonadas criollas, y ven a mí... Vuela hasta este Madrid dicharachero... ¡Qué importa que el aire, el agua, y la tierra y la distancia nos separen, si yo voy a ti y tú vienes a mí...! — dijo Dimas, en un raptó de inspiración.

—¡Frena! — le dijo Ernesto por lo bajo al ver que se desbordaba.

—Frena — repitió Daniel a través del hilo. Pero rectificando, añadió—: No, no, no frenes. Deja volar tu fantasía y tiembla de emoción como yo tiemblo, al poder decir esta frase que tanto anhelaba... ¡Al fin solos!...

—¿Qué dice? — preguntó don José a su sobrina, que escuchaba con los ojos muy abiertos aquel desbordamiento de elocuencia.

—¡Es un cursi! — comentó la mu-

chacha, tapando a su vez el micrófono y luego, hablando por él, añadió—: Ya que quieres que vuele, volaré. Como tú dices que no podrás venir hasta dentro de un mes, he decidido ir yo a España. Saldré dentro de ocho días. ¿Qué te parece?

—Encantado, vidita, encantado...

—¿Qué dice? — preguntó Ernesto a su mayordomo.

—Aló, Madrid; aló, Guanabacoa—dijo la monótona voz de la señorita de la central—. Seis minutos... ¿Corto?

—Sí, corte... Adiós, Ernesto... ¡Ah, un consejo! Aféitate las patillas... Adiós... — dijo Mary, antes de que hubieran cortado la comunicación.

—¡Que me afeite las patillas!... — suspiró Dimas melancólico, acariciándose aquello que él cultivaba con tanto cariño.

Ernesto soltó una franca carcajada.

—No se ría, no se ría... La señorita es muy decidida. Dentro de ocho días tomará el barco para España.

—¿Cómo?... ¿Que se viene?... ¡Ya está!... Pronto, prepara mis maletas... Me voy a Cuba en avión — dijo Ernesto, que acababa de tener una inspiración más fecunda que la de su criado.

—Pero, señor...

—No hay tiempo que perder... de prisa...

—Está bien, señor... ¡Qué locura!... ¡Habrás visto!... ¡Decirme que me afeite mis patillas!... — exclamó Dimas, tirándose de ellas cariñosamente y haciendo un gesto de desprecio hacia aquella persona que le había dado consejo tan disparatado.

de un empleado de la compañía de navegación aérea—. Faltan seis minutos para la salida del avión...

—Me voy, Dimas, haz lo que quieras... ¡Pero por Dios, que los cablegramas tengan todo el sabor de un marido cariñoso y solícito!

—¡Ya está!—exclamó Dimas con actitud triunfal, y se puso a escribir rápidamente—. “Salúdote cariñosos viajeros”... ¡No!... ¡No es eso!... “Los minutos y los siglos me parecen conyugales...” ¡Tampoco!—dijo con desesperado tono, secándose el sudor que bañaba copiosamente su rostro por la angustia de una redacción muy dificultosa.

—No te molestes, Dimas, estás muy nervioso. Lo interesante es que mandes un telegrama diario. Yo, en cuanto llegue a Cuba te diré el nombre del barco en que vamos a venir, y tú sigues poniendo los telegramas dirigidos a bordo... ¿Enterado?

—Enterado, señor—replicó el mayor-domo con un gesto resignado ante su fracaso.

—Adiós... ¡y hasta pronto!... ¡Voy a ver si te pesco a tu mujer!

—¡Señor!

—Silencio... ya me entiendes... Ella se ha casado contigo, aunque cree que se casaba conmigo... ¡Bueno, pues yo voy a conquistar a mi mujer!

—Adiós, señor, y que todo salga bien...

—¡Faltan dos minutos! —gritó la voz del empleado a través del megafono amplificador, voz que llegó hasta todos los rincones del aeropuerto.

Ernesto se precipitó a la escalerilla después de haber estrechado la mano de Dimas y subió al avión bajo el empuje del vendaval desencadenado por las hélices que roncaban bravías, con ansias de remontarse en lo alto y surcar el espacio infinito.

Dimas vió cómo el pájaro de acero daba unos ridículos saltitos por la tierra, que no era su elemento, y cómo se remontaba en seguida con majestuosidad de águila imperial, alcanzando pronto una distancia tan enorme, que el aparato, que en el suelo era como un gigante, se veía ahora surcando el espacio como un gracioso pajarillo que volviera a su tierra después de la estación de emigración pasada en países que no eran los que le habían visto nacer.

* * *

Unos días después, en el puerto de La Habana, el trasatlántico que debía efectuar viaje a Europa estaba dispuesto a levar anclas. La multitud se hacía en el muelle, y en la pasarela del buque, y en las cubiertas del mismo: pasajeros y visitantes hablaban todos a un tiempo; iban unos y otros de un lado a otro del buque, con las maletas en la mano, dándose empujones,

Pensado y hecho. A las pocas horas Rafael estaba ya en el aeropuerto dispuesto a marchar hacia Cuba la bella, hacia la isla encantada donde su esposa (¿...?) acababa de casarse con él. Y mientras Rafael disponía los últimos trámites burocráticos en la oficina de navegación aérea, Dimas, por orden de su amo, redactaba penosamente cablegrama tras cablegrama.

“Minutos parécenme siglos... Stop... Ansio verte... saluda tío José... Stop...”

—¿Qué tal?... ¿Va saliendo? —le preguntó Ernesto mirando por encima del hombro del criado lo que éste estaba escribiendo.

—Pssé... He escrito algunos. Me alegraría que fueran del agrado del señor. Stop —contestó Dimas, creyendo que aun estaba en plena redacción cablegráfica.

—A ver, léelos.

—“Esperando te encuentres bien, viaje feliz, recibe expresión fervorosa sentimiento amoroso Stop. Espero ilusión

llegada barco, Stop. Ernesto.” —leyó Dimas después de haber carraspeado un poco y con voz profunda y grave, como si leyera un testamento.

—Eso de *expresión fervorosa*, no me gusta... Trae la pluma —corrigió Ernesto, quedando pensativo un rato—. Podríamos poner... “cariñosa expresión”... no, no, “recibe inmenso cariño”... Expresión... cariñosa... no... homenaje conyugal... no, no, sentimiento cariñoso... —iba diciendo Ernesto en busca de la frase más acertada.

Y por su parte, Dimas, que buscaba también algo que sonara agradable a los oídos de la recién casada, decía por su parte:

—Siglos parécenme homenaje... siglos conyugales son minutos fervorosos... expresiones cariñosas... ¡Oh!... —murmuró con desaliento ante el lío enorme que se forjaba en su imaginación con aquel juego de palabras que no llegaba a coordinar.

—¡Señores viajeros! —gritó la voz

buscando sus camarotes, instalándose rápidamente para poder salir de nuevo sobre cubierta y despedirse de los que quedaban en tierra hasta el último momento en que el barco despegaría del dique y se alejaría sobre el lomo del mar.

Mary Espinosa, acompañada de su tío Pepe y del notario don Cástulo, que no abandonaba a la heredera hasta verla entrar en posesión de sus millones, para poder cobrar él el piquillo que le tocaba, llegó al barco llevando en brazos su perrito, al que no abandonaba... ¡ni por un marido!, aunque esto a don José le parecía una enormidad, dada la antipatía declarada que siempre había sentido por el animalejo.

Doña Isabel y su elegante esposo, fueron a despedirlos, y la buena señora, muy dada a los sentimentalismos, rompió a llorar al despedirse de la muchacha:

—Que seas muy feliz, hija mía y que escribas en cuanto llegues. ¡Quién pudiera ir contigo! Yo no he pisado a España desde el 98...

—Le mandaré unas colecciones de fotografías, ¿quiere?

—Gracias, gracias... ¡Adiós!...

La sirena había dejado escuchar su estridente silbido ya por tres veces y los visitantes del buque se precipitaron a la pasarela antes de que fuera demasiado tarde. Los pasajeros, apoyados en la barandilla, miraban a sus deudos y

allegados, y agitaban en el aire los pañuelos, muchos de ellos húmedos de lágrimas.

—¡Ay, qué emoción!—exclamó doña Isabel, apoyándose en el brazo de su marido, el elegante diplomático—. ¿Recuerdas nuestro viaje de novios?

—Sí... pero éste es distinto... Se trata de un viaje de novios sin novio.

—¡Ay, si el mío hubiera sido así!—suspiró la dama muy romántica y sentimental, mientras su marido le lanzaba una mirada fulminante y aniquiladora.

Cuando ya iban a levantar la pasarela, seguido de dos mozos cargados de maletas, atropellándolo todo, a lo loco, llegó Ernesto, subiendo precipitadamente, dando empujones a los que aún bajaban y abriéndose paso a codazos por temor a perder el barco. Venía del aeropuerto y había tenido el tiempo justo para tomar un taxi y llegar al barco pocos segundos antes de que éste levantara anclas.

Mary vio a aquel pasajero atolondrado e hizo un gesto de desdén. No comprendía cómo podía haber gente tan imprevisora, que lo dejaran todo para última hora.

Detrás de ella, un caballero muy bajito trataba de hacer señas a los que estaban en el muelle, despidiéndole, pero no lograba hacer asomar su figurilla por entre los hombros de Mary y de don José, mientras que detrás de él, un señor muy alto, casi un gigante, agitaba

tranquilamente la mano por encima de las cabezas de los que estaban apoyados en la barandilla, haciendo adiós a su familia, que desde tierra le mandaban besos y lágrimas de despedida.

Al subir Ernesto, Mary, que quiso ver de cerca a aquel pasajero rezagado, dió un paso atrás y con el paso un solemne pisotón al hombre bajito, que lanzó un gruñido; pero Mary, que no se dió cuenta de aquella figurilla raquítica, por encontrarse inmediatamente tras de él el gigantón, dijo a éste muy solícita y modosa:

—Usted perdona...

—No hay de qué...—replicó el caballero alto, muy extrañado de que la dama le diera disculpas, pues no se había enterado en absoluto de lo ocurrido, mientras el hombrecillo lanzaba miradas de odio a los dos personajes por dos cosas: por haberle pisado y por no haber reparado en él.

Entre tanto, el barco había desamarrado y, con una pasmosa lentitud, como si quisiera hacer pasar inadvertido, para que fuera menos dolorosa la despedida, su deseo de emprender la marcha, fué separándose lentamente del muelle, tan lentamente que, cuando los pasajeros se dieron cuenta ya les separaba de la tierra unos cuantos metros de agua.

Se agitaron con más fuerza los pañuelos y pronto no fueron más que como bandada de gaviotas posadas en la

barandilla del buque. Este había cogido toda la marcha de la potencia de sus calderas, y se perdía a lo lejos, en la línea del horizonte, entre cielo y agua, los elementos sin fin.

Ernesto, que, como no había tenido que despedir a nadie, se había encerrado en su camarote para cambiar de traje y poner orden a todas sus cosas, salió de nuevo, ya dispuesto, con un elegantísimo traje de deporte y un libro en la mano, para ir a tenderse en una de las sillas de cubierta y leer o dejar vagar su pensamiento, y la pipa en los labios, saboreando las bocanadas de humo que de ella extraía con delectación.

Antes de salir a cubierta se acercó a la oficina de información y se detuvo ante el mostrador.

—¿Puedo servirle en algo?—le preguntó el sobrecargo con solicitud de hombre acostumbrado a tratar con el público.

—No, gracias... Es decir, sí. Desearía saber si viaja en este barco una joven cubana.

—Viajan once de la misma nacionalidad, señor.

—¡Claro!... La que yo digo se llama María Espinosa.

—¡Ah!... Esto ya es distinto... Veamos si está en el registro... Sí, camarote B, María Espinosa de Acevedo.

—¿De Acevedo?—preguntó Ernesto, extrañado, y recordando inmediatamente que se había casado, añadió, rien-

do—: ¡Claro! ¡Naturalmente! ¡De Acevedo!... María Espinosa de Acevedo... No había caído en la cuenta de que se llamaba así... ¡Tiene gracia! —añadió, riendo a carcajadas y alejándose en dirección a cubierta.

—Pues yo no le veo la gracia—se dijo el sobrecargo, encogiéndose de hombros y mirando con extrañeza a aquel raro individuo que se reía con todas sus ganas.

* * *

Ernesto avanzaba lentamente por una de las galerías, y se cruzó con don José y don Cástulo, que charlaban animadamente:

—¡A usted qué más le da! —decía tío Pepe al notario—. En cuanto lleguemos a España le pagaré con creces sus favores.

—Comprenda usted, don José, que si por cualquier circunstancia su sobrina no entrara en posesión de la herencia, yo me arruinaría... ¡Le he prestado ya cerca de treinta mil dólares!

—¿Y eso qué es? ¡Bagatelas! Antes de terminarse el viaje se los pagaré. Hoy tengo proyectada una partida de póker con un diplomático del Perú, un general uruguayo y un fabricante de tejidos de Tarrasa—explicó tío Pepe en tono confidencial.

Mary salía en aquel momento de su camarote, con su perrillo en brazos, y

saludó a los dos caballeros, mientras Ernesto, reconociéndola, detenía sus pasos y se quedaba mirándola fijamente, asombrado ante la belleza de la criatura que era aún mucho más bonita de lo que había podido deducir de su fotografía.

—Buenos días, don Cástulo... ¡Hola, tío!—dijo la muchacha, besando a éste y alargando la mano a aquél, que la besó con una gran inclinación, mientras le decía ceremonioso y halagador:

—Buenos días, señora.

—¡Uy!... ¡Qué raro se me hace que me llamen señora!

—Ya te acostumbrarás... ¿Qué tal éstas?

—Perfectamente. Este barco no se mueve. ¿Adónde iban?

—En tu busca. Hacía un día estupendo para tomar el sol.

—Yo preferiría ir a la piscina—afirmó Mary, mientras comenzaba a caminar, escoltada por su tío y por el notario, y seguida de cerca por Ernesto, en quien Mary había reparado por su insistente modo de mirar y al que desdenaba con olímpica altivez de “señora casada”.

—Ten en cuenta, sobrina, que hay varias cosas que tú no debes hacer —replicó tío Pepe al oír aquello de la piscina.

—¡No sabía que bañarse fuera malo para el matrimonio! —exclamó Mary

con encantadora candidez llena de picardía.

—¡Bien contestado! —rió don Cástulo—. Me parece que su tío se va volviendo viejo.

El perrito, al que Mary había dejado en el suelo y que la seguía tirando ella de la correíta, de la que le llevaba atado, comenzó a ladrar y a gruñir con mal talante.

Mary se volvió a ver qué le pasaba al chuchó y se encontró con la persistente mirada del desconocido que, acercándose un poco más y señalando al perro con la pipa, le dijo, sonriendo amablemente:

—Tiene mal genio... ¿eh?

—Sí, tiene mal genio—replicó Mary con mucha sequedad—. ¡Vamos, “Tony”! —añadió, tirando del perrito.

—¿Me permite que le dé este terrón de azúcar?—preguntó Ernesto, sacando uno de su bolsillo.

—No se moleste... le sentaría mal.

—Es azúcar... Toma, “Tony”—añadió Ernesto, inclinándose hacia el perro con solicitud.

—Le he dicho que no se moleste. Es diabético. Buenos días —cortó Mary, marchando muy digna y muy altiva hacia el lugar por donde habían desaparecido sus dos acompañantes.

Ernesto sonrió, dió un suspiro de resignación y se comió él el terroncito de azúcar que “Tony” había desdenado,

mientras murmuraba para su coileio:

—¡Primera desavenencia conyugal!

* * *

En el barco la vida se desarrollaba en su curso normal y los empleados del mismo cumplían cada uno con el deber que su cargo le imponía, procurando amenizar su tarea según los gustos especiales y particularísimos de cada uno de ellos. Por ejemplo, el telegrafista, poeta fracasado en su juventud, seguía entregado en cuerpo y alma a la poesía, mientras escuchaba el monorrítmico repiqueteo del telégrafo, transmitiendo mensaje tras mensaje.

En aquellas horas, el telegrafista suspiraba escuchando aquel sonido que para él era toda la música del universo:

—¡Todo es amor!—se decía con los ojos perdidos en una lejana visión de su imaginación exaltada, pues desde su cabina no tenía más horizontes que el que le daba la lámpara eléctrica que proyectaba su luz sobre el aparato de recepción—. ¡Todo canta el amor!... Desde el trino del ave hasta el monorrítmico repiqueteo de este prodigioso aparatito telegráfico. El amor no encuentra distancias ni reconoce obstáculos:

Se dicen amor las flores,
cantan amor las palomas,
los pájaros en las lomas
están cantándose amores...

—...¡así escribía en mi juventud!... Toma—añadió, entregando el mensaje que se acababa de recibir a un marinero que aguardaba pacientemente que terminara la peroración poética del telegrafista, y que tenía una cara de bruto muy apañadito—. Toma, ve a entregárselo a la señora María Espinosa de Acevedo, camarote B. Si no estuviera en él búscala por cubierta. Al amor no le gusta esperar.

—A la orden—le dijo el marinero, saliendo a cumplir la que le daban.

—¡Oh, el amor, el amor!—suspiró el telegrafista, mientras atendía a otros mensajes menos poéticos, que trataban de cambios de bolsa, de cotizaciones, de conocimientos de embarque, etc.

El marinero llegó al camarote B, dió unos golpes en la puerta y dijo a la doncella que salió a tomar el recado:

—Un cable para la señora de Acevedo.

—Está en cubierta paseando. Ya se lo daré cuando vuelva—dijo la doncella, alargando la mano para coger el mensaje.

—¡Imposible!—replicó el marinero, haciendo un gesto de retroceso—. He de dárselo ahora mismo: ¡al amor no le gusta esperar!

—¿El amor? ¿Qué tiene que ver el amor con un telegrama?

—¡Todo es amor!—suspiró el marinero, contagiado del romanticismo del telegrafista—. ¡Todo canta el amor!

Desde el trino del ave hasta el monorrítmico repiqueteo del telégrafo...

—¡Oh!...—suspiró la doncella viendo alejarse al marinero y sintiéndose toda encendida en rubor.

En cubierta estaban los inseparables don Cástulo y don José, apoyados en la borda, con Mary al lado que juguetaba con su perrillo para entretener el aburrimiento que le producía la conversación de sus dos acompañantes.

—Terminados estos trámites, cuyo proceso será rápido — decía el notario—, pues yo soy el primer interesado en que todo vaya a prisa, haré la entrega oficial de la herencia. Total, unos tres meses.

—¡Por Dios, no hablen más de ese asunto!—suplicó Mary, mirando al mar con una mirada lánguida, de profundo aburrimiento—. Es más interesante lo inesperado, lo que pueda surgir de todo esto...

—Como tú quieras, sobrina, pero comprenderás que es necesario que nos ocupemos un poco de todo...

—Hablemos de viajes — sugirió don Cástulo—. Esta es la tercera vez que voy a España. ¡Oh, me entusiasma viajar!

—Yo he ido una sola vez, y en avión — contestó tío Pepe.

—Eso no es viajar. No me gusta ver las cosas de prisa y pequeñas. ¡Yo soy un enamorado del paisaje! Mi placer mayor es apartarme de la civilización.

Soy un entusiasta de la nieve, de las altas cumbres, de la naturaleza selvática y magnífica de horizontes infinitos y despejados. Las ideas brotan allí más claras, más concisas, todo se ve de una forma distinta, más real, más humana. Yo he recorrido los Apalaches y el Himalaya... Cimas magníficas y únicas. Me conozco como la palma de la mano el Pirineo y los Alpes bávaros, la Selva Negra y los lagos helados de Finlandia. He vivido entre los cosacos del Cáucaso y entre los tibetanos monjes amarillos de la China remota y misteriosa... Me he sentido indolente entre los parias de la India, y lleno de fuerza y vigor con los cow-boys de Arizona. ¡Puedo asegurarlo!... Soy un enamorado del mundo entero, de sus bellezas, de sus costumbres y de sus paisajes...

Mary, aburrida por la charla inacabable y mil veces escuchada del pelmazo del notario, se volvió de espalda al mar, se apoyó en la barandilla con un codo y miró frente a sí, encontrándose con la mirada insistente de Ernesto que, tumbado en una silla extensible, fingía estar embebido en la lectura de un libro que no le importaba nada.

Al ver que la joven le miraba con simpatía y con un gesto que a él le pareció de satisfacción, hizo ademán de incorporarse para ir hacia ella, pero Mary, muy digna, se quedó muy seria y miró hacia otro lado, perdiéndose de

nuevo en la muda contemplación del mar.

Ernesto se encogió de hombros, se tumbó otra vez cómodamente, y se puso a leer, o a fingir que estaba leyendo, en espera de encontrar el momento oportuno para entablar conversación con su esposa.

En las galerías interiores, el caballero bajito, que vivía siempre despistado y que constantemente andaba atareado buscando datos y antecedentes en un libro que consultaba a cada minuto como si en él estuviesen escritos todos los detalles que debía hacer durante la jornada, se cruzó con el caballero alto, el gigantón que andaba siempre como si nada tuviera que hacer, paseando con lentitud su humanidad a lo largo de los pasadizos del buque, y al mismo tiempo, el marinero que llevaba el mensaje para Mary venía de una galería transversal, mirando hacia atrás, embobado con la belleza de la doncellita que desde la puerta del camarote, emocionada por las palabras que el marinero le había dicho, le hacía adiós con la mano y le miraba con unos ojillos muy vivos y muy traviesos. Tan distraído estaba el hombre, que dió un solemne trapiés al tropezar con el caballero bajito, que salió despedido hacia un rincón, y, al encontrarse frente al caballero alto, que seguía imperturbable su paseo, el marinero se cuadró y masculló muy azorado, un:

—Usted perdone... fué sin querer...
Que dejó perplejo al gigante, quien dijo para sí:

—¿Qué afán tendrán todos en este barco de que les perdona, si nadie me hace nada?

Y el hombre bajito, desde el suelo, lanzó una mirada de odio al hombre alto que se llevaba siempre los cumplidos cuando era él quien recibía los pi-sotones.

El bueno de don Cástulo seguía con su peroración viajera:

—¡Todo es maravilloso!... Ahora mismo, el mar, tranquilo bajo el sol de la canícula, reverbera matizado de argentinas tonalidades...

—¿La señora de Acevedo es usted? —dijo el marinero, interrumpiendo el inspirado discurso de don Cástulo.

—Sí, soy yo—dijo Mary, volviéndose rápida.

—Un cable para la señora—añadió el marinero, mirándola con simpatía, porque sabía que le entregaba un mensaje de amor.

—Gracias.

Ernesto, al ver que le entregaban un cable a Mary, la miró fijamente muy alarmado, pensando en qué sandeces y disparates le diría Dimas en aquellas letras venidas de allende el océano.

—¡Qué impertinencia! —masculló Mary, por la mirada fija de Ernesto.

—¿Impertinencia un telegrama? —inquirió tío Pepe, que no se había dado

cuenta de nada y que no podía adivinar a quién iba dirigida la frase salida de labios de su sobrina—. ¡Seguro que es de Ernesto! Mira a ver qué dice.

Rasgó Mary el sobre y leyó:

“Esperando te encuentres bien, viaje feliz, recibe expresión fervorosa sentimiento amoroso. Stop”.

Don José escuchaba a su sobrina encandilado, mientras sostenía en la mano la cerilla con que quería encender su puro, la séptima u octava que encendía durante el discurso de don Cástulo sobre viajes y que el aire le apagaba sin dejarle encender. Ahora que la cerilla permanecía encendida en sus dedos, estaba tan distraído con la lectura del telegrama, que no se preocupaba de su puro apagado, pero en cambio logró que el perrillo de Mary, que él sostenía en sus brazos, muy a despecho suyo, se quemara con la tal cerillita y pegara un ladrido tan lamentoso y un brinco tan formidable que, antes de que nadie hubiera podido darse cuenta de ello, ya estaba el perro en el agua luchando desesperadamente con las olas.

—¡Mi perro!... ¡Mi perro! —gritó Mary con desesperación.

Don José, llevándose los dedos quemados a la boca y soplando en ellos con fuerza, miró al mar y gritó también:

—¡El perro!

—¡El perro!—repitió, como un eco,

el pobre don Cástulo, consternado, porque fué él quien dió a guardar el chullo a don José, pasándoselo con disimulo, mientras éste estaba distraído queriendo encender su puro.

—¡Mi perro!... ¡Mi perro!...—gemía Mary, llorosa.

Don Cástulo tomó una heroica decisión, y, sin que nadie lo pudiera evitar, se subió a la borda y dijo con un gesto quijotesco:

—¡Puesto que yo soy el culpable, yo debo salvarlo!

Y se lanzó al agua de barriga, sin precaución alguna.

—¡Qué horror!... ¡Se matará!—dijo Mary, tapándose la cara con las manos para no ver la catástrofe.

—¡Cómo!—exclamó tío Pepe—. Don Cástulo no puede morir... ¡Nos quedaríamos sin herencia!...

—¡Hombre al agua!... ¡Hombre al agua!...—gritó un marinero, dando la señal de alarma.

—¡Aguante un poco!—dijo don José, asomándose por la borda y quitándose rápidamente la chaqueta, dispuesto a zambullirse también—. ¡Yo voy a salvarle!

Y sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, se arrojó al mar.

—¡Dos hombres al agua!... ¡Dos hombres al agua!—chilló el marinero, presa de verdadero pavor.

Mary lloraba inconsolablemente, tapándose la cara con las manos, horro-

rizada de la espantosa catástrofe que iba a sobrevenir, porque ni don Cástulo ni tío Pepe sabían nadar.

Ernesto, al verla tan desolada, con un gesto decidido, dejando a un lado su chaqueta, se subió a la borda dispuesto a lanzarse al agua en un gesto ágil de gimnasta y de perfecto nadador, pero nadie creyó que fuera un campeón de natación y todos querían detenerle. Mary chillaba:

—¡No se tire usted también, por favor, ya hay bastantes naufragos en el mar!

Los marineros trataron de sujetarle; pero Ernesto, abriendo los brazos, se lanzó al agua en un maravilloso salto del ángel, que fué coreado por un “¡Oh!” de entusiasmo por parte de los que lo vieron.

—¡Es necesario salvarlos! ¡No teman por mí!—había dicho Ernesto a tiempo de tirarse al agua con la pipa entre los labios, como si fuera a dar un paseo por la proa.

—¡Tres hombres al agua!... ¡Tres hombres al agua! —dijo el marinero, que parecía destinado a ir contando hasta la consumación de los siglos los hombres que se iban arrojando al agua por un mal can.

Hubo un revuelo enorme en el barco. Todo el mundo corrió a la barandilla a presenciar el espectáculo. Los tres hombres y el perro luchaban con las olas braceando furiosamente, sin lograr

ninguno de ellos alcanzar al chuchó, hasta que al fin, don Cástulo, en un esfuerzo supremo, logró apresarle con mucha dificultad. Desde cubierta el público animaba a los náufragos y los marineros lanzaban salvavidas al agua, pero todos caían fuera del alcance de las manos de los tres hombres. Al fin Ernesto, con unas brazadas magistrales, logró atrapar uno de los salvavidas y acercarse con él a don José y a don Cástulo, que se agarraron a él desesperadamente. El último llevaba en una de sus manos al perrillo que así, mojado y con cara de susto, parecía una visión del Dante por lo espantoso que resultaba.

Los izaron hasta cubierta y los arrojaron en mantas, dándoles bebidas calientes y excitantes para hacerles entrar en reacción y conseguir que aquel baño inesperado no trajera fatales consecuencias, particularmente a los dos caballeros de avanzada edad, que habían querido hacer alarde de polluelos recién salidos del cascarón.

Se quedaron todo el día encerrados en el camarote de Mary que se había constituido en su enfermera. Estaban todos, incluso el perro, tapados hasta las orejas, y, a pesar de ello, todos, incluso el perro, lanzaban de vez en cuando estrepitosos estornudos que hacían romper a Mary en una estrepitosa carcajada.

—Vamos, beban, esto les aliviará —

les dijo la muchacha, dándoles a cada uno de los tres caballeros una taza de té hirviendo con un chorro de coñac, capaz de resucitar a un muerto—. ¡Usted es el causante de todo este zipizape!—añadió, al entregar la taza a don Cástulo, que estaba avergonzado como niño cogido en una travesura—. No debía haber dado el perro a tío Pepe; y usted, tío, no debía haber encendido la cerilla precisamente cuando "Tony" estaba en sus brazos. ¡Hacia media hora que todas se le apagaban! ¡También fué casualidad que la única que se ha encendido quemara al pobre "Tony"!... A usted, no sé qué decirle...—murmuró, al entregar a Ernesto la taza que le correspondía—. ¿Quién le mandó tirarse al agua?

—No podía consentir que se ahogaran estos señores... ¡Soy campeón de natación!

—¿Campeón de natación?—preguntó Mary con interés; y torciendo el gesto dijo con disgusto: ¡Hum... mala cosa!

—¿Mala...? ¿Por qué?—preguntó Ernesto maliciosamente.

—No lo sé. Les tengo un poco de manía. Yo había puesto mis ilusiones en un campeón de natación, y, sólo con una fotografía que me mandó logró desiluzionarme...

Ernesto se atragantó con el té que estaba bebiendo al escuchar aquellas palabras.

—¿Se ha quemado usted?

—No... Es que me ha hecho gracia...

—dijo Ernesto, entre risas y toses.

—Pues lo que he dicho no tiene gracia ninguna... Lo bueno es la fotografía. Se la voy a enseñar—dijo Mary, decidida, dirigiéndose a una mesita sobre la cual había un retrato colocado en magnífico marco de piel. Lo tomó y volvió al lado de Ernesto.

—¡Sobrina, sobrina, un poco de formalidad!—reprimió don José, al ver que Mary iba a hacer objeto de la mofa de un desconocido a su propio marido.

—Pero, tío... ¿qué de particular tiene que le enseña a tu salvador la fotografía de Ernesto?—murmuró Mary con aquella pícara ingenuidad que ponía en todas sus cosas.

—Haz lo que quieras. Con estas fachas en que estoy no tengo ni autoridad para regañarte.

—Fíjese usted...—dijo Mary, mostrando el retrato de Dimas a Ernesto—. Fíjese que cosa más estrafalaria... ¿Qué le parece?... ¿Usted cree que un campeón de natación puede tener estas patillas?

Ernesto contempló muy serio el retrato de su mayordomo. Tuvo que hacer un esfuerzo formidable de voluntad para no estallar en una franca risotada y confesar toda la verdad a aquella chiquilla a la que encontraba cada día más encantadora. Pero tuvo la suficiente pre-

sencia de ánimo para mirar muy serio el retrato y decir con calma:

—Desde luego que son un poco extrañas... ¿Quién es este señor?

—Don Ernesto Acevedo... mi... mi...—balbuceó Mary. Y añadió rápida—: Un amigo.

—¡Ya!... Parece un mayordomo de casa grande—comentó Ernesto.

—¿Lo ves, tío?... Ya no soy sola quien opina lo mismo—dijo Mary muy contenta de encontrar quien pensara como ella en aquella cuestión.

—Mary, Mary, por favor, ten cabeza... Ya sabes que...

No pudo terminar la frase, porque sintió un cosquilleo en la nariz que le hizo hacer unas muecas muy ridículas y estalló en un formidable estornudo.

Don Cástulo se rió con todas sus ganas, burlándose de su amigo:

—Efectivamente, si sigue usted estornudando así, va a perder toda su autoridad...

Pero también él sintió el cosquilleo en las narices y, aunque se tapó toda la cabeza con la manta para que no le vieran hacer muecas, se escuchó su estridente estornudo.

—Bueno... ¿cuál es su opinión?—inquirió Mary, riéndose de los estornudos y mirando a Ernesto, que seguía con la vista fija en el retrato de Dimas—. Todavía no me lo ha dicho usted, señor... señor... ¡Pero si aun no sé cómo se llama usted!

—González... Dimas González... —
dijo Ernesto muy azorado, porque ha-
bía estado a punto de decir su nombre
de verdad.

Mary sonrió, ocultando una carcaja-
da que le jugaba en los labios.

—¿Le hace gracia?... Efectivamen-
te, mi nombre es un poco raro, pero...
pero...

Se le cortó la respiración, hizo unos
gestos cómicos y soltó un estornudo tan
formidable como el de sus compañe-
ros de naufragio.

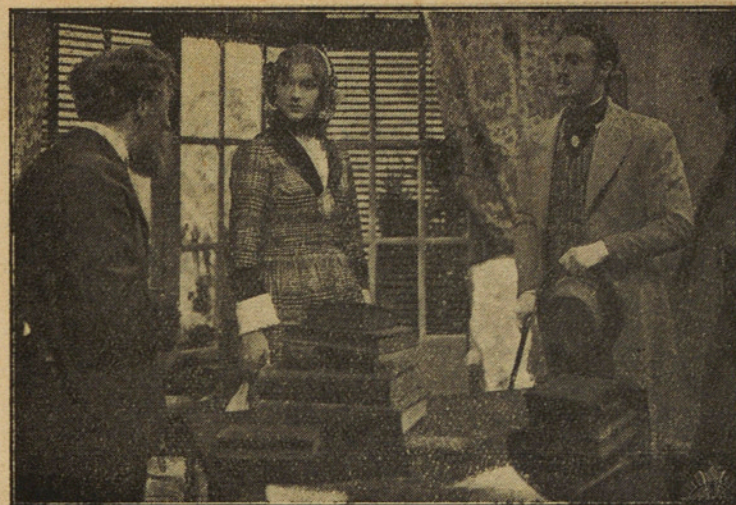
Soltó Mary la risa a todo trazo y
dijo entre risotada y risotada:

—Me parece que si siguen así no po-
drán... no podrán...

Se detuvo en su frase, puso una cara
muy rara, como si algo le picara en
la nariz, miró a los tres hombres con
la vista torcida y... ¡Achís...! también
ella soltó un estornudo.

Don Cástulo, tío Pepe y Ernesto mi-
raron a la muchacha, divertidísimos, y
hasta "Tony" levantó la cabeza endere-
zando las orejas, y, como si se hubie-
ran dado una consigna, todos a un tiem-
po, volvieron a estornudar.

El ambiente les había contagiado.



—Señorita... caballero, ha sonado la hora. En este momento, hace
precisamente un año...



—¡Encantado!... Ya que no me he casado nunca, me casaré contigo
de mentirijillas..



—¿Qué dice?—preguntó don José a su sobrina, que escuchaba con los ojos muy abiertos aquel desbordamiento de elocuencia



—Eso de "expresión fervorosa" no me gusta...



...mientras Mary jugaba con su perrillo para entretener el aburrimiento



...hizo gesto de incorporarse para ir hacia ella...



Les arroparon en mantas, dándoles bebidas calientes para hacerles entrar en reacción



—¿También es usted sentimental?—preguntó Mary. Y en su voz no se sabía si había un chispazo de burla o un latido de emoción



—Verá, vamos a hablar del tiempo. Es una cosa muy socorrida y que tiene muchas facetas. Dicen que no hay cosa más variable que el tiempo...



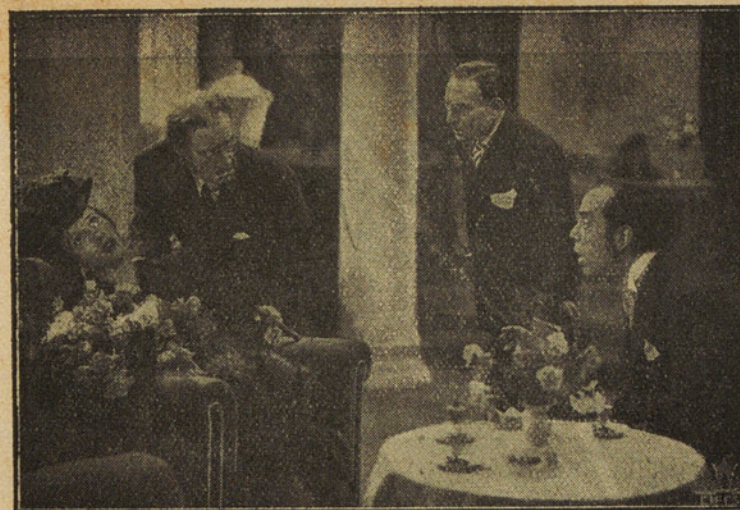
—Casi nada... Estás llamando la atención con ese Dimas... ¡Piensa que eres una mujer casada!



—Es porque quería enviar este telegrama, pero como es para un amigo americano, se lo mando en inglés



—He venido para decirle que es usted el ser más falso, más canalla y más odioso que he conocido...



Dimas tenía un gesto de timidez y azoramiento que le hacían aparecer perfectamente ridículo



—Eres un idiota y harás lo que yo te mando. Y lo que yo te mando es que hagas el amor a mi mujer.



—¡Qué importa que el aire, el agua, la tierra y la distancia nos separen, si yo voy a ti y tú vienes a mí!



Le miró asustado, sin creer lo que veían sus ojos

Por la noche bajaron al comedor los tres hombres enfundados en sus abrigos y embozados en sus bufandas. Sólo Mary lucía un elegantísimo traje de noche muy escotado, escote que cubría con una capita de armiño que se ceñía graciosamente a sus hombros.

—Buenas noches—saludó un oficial, adelantándose a ellos, besando la mano de la dama e inclinándose ante los caballeros—. ¿Cómo se encuentran del chapuzón de esta mañana?

Ernesto fué a contestar, pero tuvo que estornudar primero, con una vis muy cómica, y en seguida añadió un tantico irónico:

—Mejor... mucho mejor... gracias.

—¿Quieren dejar sus abrigos?

—No, no, gracias—se apresuró a decir don Cástulo, que aun sentía calofríos en todo su cuerpo.

—Déjeles usted bien arropaditos; necesitan sudar — añadió Mary, un poco burlona y un poco apiadada de ellos.

—¡Qué horror!—comentó una dama

del pasaje—. Para venir así podían haberse quedado en sus camarotes.

—¡Si es Mary Espinosa! — exclamó un muchacho que estaba con un grupo de pasajeros jóvenes en una de las mesas—. ¡No sabía que viajaba en este barco!

—Sí. Va a España a reunirse con su marido —explicó otro, mejor enterado.

—¿Y quién es ese muchacho que la acompaña?

—El salvador de su perro. ¡Un gran nadador!

Ernesto, que se había sentado al lado de Mary, al ver todas las miradas estaban fijas en ellos, le dijo por lo bajo:

—Me parece que estamos llamando demasiado la atención.

—No haga caso... Les extraña ver esquimales en los trópicos—rió Mary.

Y todos rieron su gracia, procurando cada uno contener, del mejor modo que pudo, el estornudo que les cosquilleaba en la nariz y que les hacía hacer graciosísimos gestos.

La orquesta, que había dejado de tocar música romántica para iniciar el baile, preludió los primeros acordes de un fox, y varias parejas salieron a la pista, iluminada sabiamente por reflectores invisibles.

Ernesto, que ya no podía contenerse más, llamó a un camarero, le entregó el abrigo y la bufanda, y, inclinándose ante Mary, le preguntó:

—¿Me concede este baile?

—¡Pero es una locura! ¡Puede ponerse peor!

—El ejercicio me sentará bien... ¡Achiiiiis!... Vamos, dése prisa, por favor—rió Ernesto, llevándose el pañuelo a la boca para contener el estornudo.

—Como usted quiera... Vamos—aceptó Mary, entregándose a sus brazos, que la enlazaron para marcar los pasos del baile.

Dieron varias vueltas en silencio y al fin ella, dueña de sí, comentó con frase trivial, únicamente para romper el silencio:

—¡Qué música más bonita!... ¿Le gusta?

—A mí me gusta todo lo bello... Por eso me gusta usted.

—Me parece que va muy deprisa...

—Es un fox rápido—explicó él, como si no se diera por enterado.

—No lo digo por el baile—corrigió ella.

—Ya... ¿Qué opinión ha formado usted de mí?

—¿Yo?... —titubeó ella—. Pues... que nada usted muy bien... y que baila muy mal.

—¡Es usted encantadora!

—Eso es muy vulgar. Lo he oído muchísimas veces. Los hombres tienen un repertorio muy escaso... Y usted... ¿qué opina de mí?

—¿No se enfadará si le digo la verdad?

—Hummm — musitó ella...

—He observado que le falta un poco de formalidad.

—Que es precisamente lo que a usted le sobra.

Ernesto fué a contestar, pero su semblante se nubló, torció la boca, cerró los ojos y estornudó de un modo estrepitoso, sin lograr contenerse, a pesar de todos sus esfuerzos.

—¡Qué barbaridad!... Va a conseguir que pierda el compás la orquesta—rió Mary.

El baile había terminado y volvieron a la mesa donde estaban los dos señores de respeto.

—Mira, sobrina—dijo don José, que estaba impaciente por ir a la sala de juego—. Yo os abandono. Estoy citado con unos amigos.

—¿Póker...? —preguntó Mary con picardía.

—No... Vamos a tratar de negocios... jem... ¿verdad, don Cástulo?

A mí no me ponga de tapadera... que yo soy un hombre serio—replicó el

notario, levantándose a su vez, dispuesto a retirarse.

—¿También usted se marcha?—inquirió Mary.

—No me encuentro bien. Necesito sudar. Me voy a la cama.

—¿Tú te quedas?—preguntó tío Pepe a su sobrina.

—Sí; no tengo sueño.

—Pues luego vendré a buscarte.

Salieron juntos los dos señores y en aquel momento el salón quedó a oscuras, se iluminó la escena y en el estrado de la orquesta, a media voz, en una melodía incomparable, cantaron una canción romántica y sugestiva que el público escuchó en la penumbra, en el silencio más absoluto, sugestionado por la belleza de la música dicha así, a medio tono, en palabras veladas, en armonías ignotas, que parecían venir de lejos, de algún país encantado, para hablar muy quedo a cada uno de los corazones que las estaban escuchando.

En seguida, en brusca transición, se hizo la luz en la pista y volvió a sonar alegre la música del baile, convidando a a danza y a la locura.

—¿Bailamos? —preguntó Ernesto a su pareja—. Gracias al ejercicio me estoy curando el catarro.

—Preferiría pasear —replicó Mary, que se había puesto un poco sentimental con la anterior melodía.

—Como usted quiera. Me encanta el mar de noche.

—¿También es usted sentimental?—preguntó Mary. Y en su voz no se sabía si había un chispazo de burla o un latido de emoción.

Salieron del salón y, cruzando una de las largas galerías, salieron a cubierta y se acercaron a la barandilla, apoyándose en ella en silencio. La noche era de maravilla, una noche clara de luz sideral, producida por millares de millares de estrellas. No había luna, pero era tal la claridad, que los ojos la buscaban sin querer, creyendo que era ella la que la producía. El mar, tranquilo, quieto, era como un espejo de acero bruñido que devolvía la claridad del cielo, y el barco se deslizaba entre aquellas dos luces misteriosas, con majestad de fantasma, dejando tras sí la estela plateada que levantaban sus hélices potentes.

—¡Qué maravilla!... Nunca había visto este espectáculo—murmuró Mary, sugestionada por la incomparable belleza de la hora grandiosa en que se encontraba entre cielo y mar, los dos imponentes elementos siempre iguales y siempre distintos, que hablan al alma directamente, como si ellos solos fueran los únicos en comprenderla.

Ernesto calló y se quedó contemplándola largo rato. Hubiera querido decirle que para él era ella el más bello espectáculo de la naturaleza; que la luz de sus ojos era superior al de las estrellas; que el encanto que emanaba de

su persona anulaba el encanto de la noche y del mar; pero no dijo nada porque pensó que iba a ponerse terriblemente cursi, y prefirió quedarse callado en su muda contemplación.

—Creo que voy a volverme yo sentimental—susurró Mary, entornando los ojos para mejor ver su yo interior.

—¿Por qué no?... La vida no es sólo materialismo, aunque usted se empeñe en mirarla por este lado.

—¿Usted cree que soy materialista?

—Conozco en seguida a las personas.

—Pues conmigo se equivoca. No desprecio lo romántico ni lo sentimental... únicamente... únicamente me da un poquito de miedo...

—¿Miedo?... ¿Por qué?

—Es usted muy curioso... y la historia muy larga de contar. Confórmese sabiendo que un romántico auténtico, un romántico del siglo pasado, un romántico de la época culminante del romanticismo, es el culpable de mi materialismo... Y no me pregunte nada más, porque no podría contestarle.

Volvieron a guardar silencio. Las palabras de Mary habían impresionado a Ernesto. Nunca hubiera imaginado el muchacho sentirse tan cohibido ante una mujer, y mucho menos sentirse tan cohibido ante su propia mujer... El destino tenía curiosísimas bromas...

—¡Mary!—murmuró Ernesto, pasado un buen espacio de tiempo—. Mary, escúcheme, por favor...

—Sé lo que usted quiere decirme.

—Creo que se equivoca.

—No. Usted quisiera besarme... ¿no es cierto?—dijo ella con la más perfecta calma—. Todos los hombres normales sienten deseos de besar a las mujeres bonitas en los momentos sentimentales...

—Es usted desconcertante.

—...pero eso no es posible—siguió diciendo ella, sin hacer caso de la interrupción—. Yo soy una mujer casada.

—Mary... yo... yo... quisiera hacerle una confesión... —balbuceó él, que estaba sinceramente, hondamente impresionado.

—Es mejor que no la haga... Seamos amigos, Dimas.

—¡Por Dios, no me llame usted así!

—exclamó Ernesto, dando un respingo que echó al traste todos los sentimentalismos.

—¿Pues cómo quiere que le llame?

—inquirió ella, muy extrañada de la brusca reacción del muchacho.

—Tiene razón... no sé... llámeme... llámeme... González... Es mejor... Odio ese nombre...

—Como quiera—contestó Mary riendo, porque no encontraba la originalidad en llamarle González—. ¡Es usted muy divertido, amigo González, muy divertido!

Aquel pequeño incidente había roto el encanto y por aquella noche no hubo ya más.

Pasaban los días monótonamente en la apacible travesía del Atlántico. Ernesto seguía a Mary a todas horas y daba los mismos pasos que ella daba, y ella, aunque halagada por la muda admiración del pasajero, se sentía a veces un poco molesta por su asiduidad, de la que no sabía cómo desprenderse.

—¿Aquí?—preguntó Ernesto aquella mañana, indicándole dos sillas extensibles colocadas estratégicamente sobre cubierta, que invitaban a la lectura, al reposo, o a la charla íntima.

—Bueno—contestó Mary con indiferencia, porque le era igual sentarse allí que en otra parte.

Se tumbaron cada uno de ellos en una silla, abrieron el libro que llevaban en la mano y se engolfaron en la lectura, sin cruzar ni una palabra.

De pronto, un grupo de jóvenes, chicos y chicas, invadieron la cubierta con gran algarabía de pitos y risas.

Venían haciendo el tren y atropellaban a todo el que encontraban a su

paso, provocando grandes carcajadas y divirtiéndose a más y mejor con aquel inocente juego.

Arturo iba a la cabeza del grupo, y, desprendiéndose de ellos un momento al ver a Mary, les dijo:

—Disculpad... voy a dar un susto a la recién casadita...

—Bien. Te esperamos en el bar.

—No tardes.

El tren se alejó silbando y jadeando y Arturo se acercó de puntillas a la silla donde estaba Mary que no había despegado los ojos del libro, se escondió tras él y le dijo con voz de mascarilla:

—¡Cu-cú!... ¿Se puede saludar a la millonaria?

—¡Arturo!—exclamó Mary con alegría al apartar el libro y encontrarse con un amigo de la infancia—. ¡Qué alegría encontrarte!

—Te vi ayer en el salón, pero no te quise molestar. Estabas muy divertida con el salvaperros—rió Arturo, que no

se había dado cuenta de la presencia de Ernesto, que seguía tapado con el libro y que al oír aquello asomó el rostro, haciendo un gesto muy agrio que Arturo no pudo ver.

—¿Ya sabías lo del chapuzón?—rió Mary.

—¡Si lo sabe todo el barco!... Dicen que sometes a esa prueba a tus admiradores. Si es así, cada vez va a ser más peligroso hacerte el amor.

Los dos se rieron, divertidísimos, de la ocurrencia.

—Ahora va a ser más peligroso aún... porque me he casado—arguyó Mary.

—Sí, ya lo sabía. Me lo dijeron en La Habana. Buena boda, ¿eh?

—Regular... Ya te contaré.

—¿Por qué no te vienes con nosotros? ¡Tenemos una banda muy divertida! ¡Fíjate—dijo Arturo, señalando a sus amigos que volvían a pasar riendo y gritando, mientras seguían haciendo el tren en torno a los pasajeros que descansaban.

—No puedo... Estoy aquí con este amigo—dijo Mary, presentando a Ernesto, que miró fijamente a Arturo, con una mirada que hubiera querido fulminarlo.

—¡El salva...! —exclamó Arturo con gesto de sorpresa.

—Sí, señor, el salvaperros... para servirle —concluyó Ernesto, de muy mal talante.

—¡Ah, pues... mucho gusto... mu-

chísimo gusto! —dijo Arturo, sumamente turbado—. Hasta la vista, Mary.

Y se alejó corriendo para ir a reunirse con sus amigos, que seguían haciendo el tren, como si hubieran encontrado en aquel juego la mejor diversión.

—¡Qué tipo más estúpido! —comentó Ernesto, echando una bocanada de humo por la boca en un gesto de enfado y de desdén.

—¡Malo!... ¡Malo!... Si quiere que seamos buenos amigos no debe molestar por nada.

—Mary... es que yo... A mí me molesta que usted...

—Si continúa así, eso no podrá ser. Dimas. Ya sabe en lo que quedamos anoche. Conversaciones intrascendentes entre usted y yo, que nada nos moleste ni nos impaciente...

—Entonces no podremos hablar nunca de nada.

—¿Por qué?... Verá, vamos a hablar del tiempo. Es una cosa muy socorrida y que tiene muchas facetas... Dicen que no hay cosa más variada que el tiempo—dijo Mary, con su poquitín de sorna disfrazada de una encantadora ingenuidad.

—Está bien, de acuerdo... Hace un tiempo magnífico.

—Efectivamente, magnífico... ¿Qué más?

—Hace un tiempo primaveral, sin nubes, delicioso... ¡Ea! No se me ocu-

rre decir nada más acerca del tiempo.

—Entonces hablemos del mar.

—¿Pero es que nos vamos a pasar la mañana diciendo tonterías?

—¿Tonterías?... No diga eso. ¡El mar se presta a muchas reflexiones!... ¿Qué le parece a usted el mar?

—Muy salado.

—¿Y qué más?

—Que es redondo.

—¿Y qué más?—insistió ella, impaciente ante la brevedad de las réplicas.

—¡Ah!... Que es azul, o verde... ¡Oiga!—gritó Ernesto, deteniendo a un marinero que pasaba junto a ellos—. ¿Qué le parece a usted el mar?

El así interpelado se paró en seco, miró al pasajero con cara de extrañeza, hizo un gesto como si estimara que era un loco el que le estaba hablando y con un acento andaluz, en el que se oía más palabras de las que decía, contestó:

—¿Que qué me parese el má?... ¿A mí?... Pero si yo he nasío en er má, como er que dise, señó... Mi mare se llamaba Marina... y mi pare... ¡pobresito de mi arma!... Timoteo... Era pescador. Pescábamos en Armería, chanquetes de Málaga... Mi mare... ¡pobresita de mi arma, tenía una freiduría en er puerto... ¡Pero si yo me he criaio en er má, como er que dise... Verá: a los

sinco años era ya un mosetón asín de fuerte y asín de arto... Yo tenía un hermano, Frasquito... ¡pobresito de mi arma!...

—Bueno, hombre, ya está bien—interrumpió Ernesto, temiendo que el discurso del marinero no tuviera fin jamás—. Otro día acabarás de contarnos la historia de tu familia. Toma—añadió, alargándole un billete de veinticinco pesetas.

El andaluz miró el papelito, lo comprobó bien, dió un brinco de alegría y salió corriendo, antes de que el pasajero pudiera arrebatárselo de nuevo de sus manos.

Mary y Ernesto le vieron alejarse y comenzaron a pasear en silencio. Iban los dos muy serios, pero a la muchacha la risa le culebreaba por el cuerpo. Rompiendo el silencio volvió a preguntar:

—Bueno... ¿y ahora, qué le parece el mar?

—Pero si yo he nasío en er má, como quien dise, señó... ¡pobresito de mi arma! —remedó Ernesto, imitando al marinero.

Y los dos se rieron con una risa infantil, con una franca carcajada, rota ya la hostilidad que entre ellos reinaba por el empeño de Mary de comportarse como una "señora casada".

Don José y don Cástulo estaban sentados en los altos taburetes ante el mostrador del bar, tomando una bebida y charlando a su placer, en aquellas charlas continuas que sostenían siempre entre los dos y que en muchas ocasiones eran la desesperación de Mary, cuando tenía también ella que soportarlas.

—¡Cuatro pókers de damas seguidos me sacó el comerciante de Tarrasa!— suspiró don José, mientras muy serio revolvía con una cañita el contenido de su copa—. ¡Así no hay quién gane!... ¡Claro que esta noche me pienso desquitar!

—¿Con mi dinero, no?—replicó don Cástulo, que comenzaba a sentirse molesto por los continuos adelantos que tenía que hacer al tío de la rica heredera, aun antes de tener la seguridad de que aquella herencia llegara a término en bien—. Pues debo advertirle que no voy a prestarle ni un céntimo más hasta que lleguemos a España.

—¡Pero si la herencia está segura!

—No lo crea —replicó don Cástulo en voz baja—. Mire... —añadió, y señaló hacia la puerta de entrada por la que pasaban en aquel momento Mary y Ernesto, charlando animadamente—. Ese Dimas me da muy mala espina... podría ocurrir que su sobrina se enamorase de él... ¿y entonces, qué?

—¿Qué ideas son esas?

—Las que bullen en la cabeza de todos los pasajeros: Mary y Dimas se gustan; no hay más que mirarlos a los ojos... Y le tengo miedo a Mary, le tengo miedo... Sería conveniente advertirla...

—Desde luego... Ahora mismo voy a hacerlo.

Pero Mary se había quedado rezagada, charlando con Arturo y sus amigos que estaban sentados en torno a una mesa, armando una algarabía de todos los demonios, y tío Pepe se encontró frente a Ernesto, que le saludó con fina atención:

—Buenos días.

—¡Hola, amigo!... Ahora mismo soy con usted —replicó don José, alejándose.

Ernesto se encaramó a uno de los taburetes y saludó a don Cástulo, que le preguntó:

—¿Qué tal anda ese catarro?

—Magnífico... ¿y el de usted?

—Curado... gracias...

—Una combinación doble de ginebra —ordenó Ernesto al hombre del bar.

Don Cástulo carraspeó un poco, encendió el pitillo que Ernesto le ofrecía y, después de un leve titubeo, le dijo:

—¡Hombre, Dimas, ya que estamos solos, quisiera decirle a usted una cosa interesante.

—Usted dirá.

—Se trata de Mary... Su asiduidad para con ella comienza a llamar la atención y usted comprenderá que causa mal efecto... La gente murmura...

—Desprecio las murmuraciones.

—Sí, pero se trata de la reputación de una mujer casada... —arguyó don Cástulo.

—¿Casada... con...? —inquirió Ernesto, muy maliciosamente.

—Con quién sea, amigo Dimas... Usted no es el más indicado para juzgar a su marido.

—¿Usted cree? —preguntó Ernesto, más maliciosamente aún.

—¡Qué duda cabe!... Es imprescindible una ruptura entre usted y ella...

Ernesto contuvo una carcajada, por-

que lo que más lejos andaba de su imaginación era romper con su mujer, con su mujercita querida, con aquella criatura a la que iba conquistando poco a poco y de la que se había sentido cautivado desde el mismo momento en que la conoció.

Mary, que se había quedado charlando un momento con Arturo y los de su Peña, les dijo tras breves instantes de conversación:

—Os dejo y voy en busca de Dimas...

¡Es un hombre muy divertido!

—Te concedemos tres minutos.

—Con uno me basta... Hasta ahora...

Apenas había dado unos pasos cuando se tropezó con su tío que la venía buscando.

—Tenemos que hablar muy en serio —le dijo, cogiéndola de la mano.

—¿Pues qué ocurre? —inquirió Mary.

—Casi nada. Estás llamando la atención con ese Dimas... ¡Piensa que eres una mujer casada!

—Pero tío...

—No valen disculpas. Es necesario una rectificación de conducta, que le pares los pies y que rompáis esa amistad...

—Está bien—dijo Mary, que no quería contradecir a su tío, porque sabía que para conseguir lo que se quiere hay que someterse siempre primero a la voluntad de los demás.

Se acercaron al bar y Mary pidió:

—Una gaseosa.

Don Cástulo, que ya había preparado, a su parecer, al muchacho, hizo un expresivo gesto a don José y le dijo, tratando de alejarle de allí para que quedaran solos los dos jóvenes y pudieran romper ya desde aquel mismo momento:

—Acompáñeme, don José... Voy a buscar compañeros para formar una partida de póker.

—¿Cómo...? — preguntó don José, sin comprender lo que aquello significaba.

Don Cástulo le sonrió y, cogiéndole del brazo le obligó a seguirle.

Mary y Ernesto guardaron el más absoluto silencio. Ernesto bebía lentamente su ginebra, a sorbos espaciados, como si un pensamiento fijo le privara del placer de saborear la bebida. Mary le miraba de reojo, y, no pudiendo resistir por más tiempo el silencio que entre ellos se había alzado, le preguntó:

—¿Preocupado?

—Regular. Acaban de echarme una regañina.

—Y a mí otra.

—Temen que nos enamoremos.

—¡Qué tontería! — murmuró Mary, jugueteando con la botella de gaseosa, en la que introducía y sacaba el dedo con facilidad, sirviéndole aquello para disimular sus nervios.

De pronto Ernesto la miró fijamente y le soltó a boca de jarro:

—¿Por qué no se separa usted, Mary?

—¿Qué?...

—Es la única solución... Yo la quiero, se lo aseguro...

—¡Eso es imposible! — exclamó Mary, tratando de sacar el dedo de la botella, sin conseguirlo—. Pensé mucho antes de casarme con Ernesto, pesé los pro y los contra de este casamiento, y cuando me decidí a hacerlo fué porque estaba resuelta a ser fiel a mi marido hasta que se muera...

—¡Pero si usted no le quiere! — exclamó Ernesto, al que aquella confesión hacía muy feliz.

Mary, nerviosa porque su dedo seguía introducido en la botella sin lograr sacarlo de ella, replicó con acento desesperado:

—Me molesta que hable usted así. Tenía razón mi tío. De ahora en adelante es mejor que no nos veamos...

Ernesto iba a replicar, pero Arturo no le dió tiempo para ello, pues acercándose al mostrador dijo a Mary, señalando el reloj:

—¡Han pasado los tres minutos que te hemos concedido!... ¡No vale retrasarse! Nos has prometido cantar una canción.

—Sí... pero... pero... — murmuró Mary, debatiéndose disimuladamente con la botella, que había logrado escon-

der, llevando sus manos a la espalda donde prosiguió su trabajo de liberación.

—¿Te vas a negar?... ¡Ni pensar-lo!... ¡Orquesta... atención! — gritó Arturo, disponiéndose a dirigir él la orquesta formada por todo el grupo de sus amistades.

Mary se vió obligada a cumplir lo prometido, seguía con las manos a la espalda luchando desesperadamente por deshacerse de la botellita que se empeñaba en seguir adherida al dedo, y, entre tanto, la muchacha entonó con mucho arte y una bonita voz, un danzón cubano de melodías suaves y conmovedoras.

Ernesto pagó su consumición, bajó del taburete y fué despacio hacia la puerta, escuchando aquella voz que le emocionaba y pensando en las palabras que Mary le había dicho, hablándole de su marido (¡y su marido era él!)... ¡Le seré fiel hasta su muerte... le seré fiel hasta su muerte!"

—¡Me será fiel hasta que me muera! — suspiró dichoso, encendiendo su pipa y estando a punto de chocar con el caballero bajito que, como siempre, andaba por los pasillos sumido en la consulta de sus notas y de sus libros.

Mary seguía cantando y ahora bailaba también al compás de la típica música cubana. No pudiendo seguir con las manos a la espalda, las adelantó en un gesto muy gracioso y mostró la bo-

tella que seguía empeñada en formar parte integrante de su dedo, pero al fin, en un gesto fuerte, logró desprenderse de ella, con tan mala fortuna que, al salir disparada fué a dar en la cabeza del hombre bajito que entraba en aquel momento en el bar y que a consecuencia del golpe recibido en la frente cayó al suelo rodando por los peldaños, con los ojos en blanco, perdido en el paraíso de la inconsciencia. Un camarero que venía tras él con una bandeja repleta de vasos y platos, cayó también al tropezar con el cuerpo del hombrecillo, y se escuchó un ruido infernal de cristales rotos y de carne de camarero que se magullaba por los suelos.

Ernesto no había oído nada. Seguía caminando con su pensamiento dulcísimo fijo en su mente:

—¡Me será fiel hasta mi muerte! ¡Me será fiel hasta mi muerte!

Y acometido de una idea repentina, volvió sobre sus pasos, pasó por encima del hombrecillo y de los camareros que habían ido cayendo sobre él al tropezarse con el cuerpo inánime del accidentado, y salió disparado hacia la cabina del telegrafista, en la que entró como una tromba marina.

—Buenos días — dijo, con el aire más feliz que pudo encontrar en todo su repertorio—. Quisiera pedirle un favor.

—Estoy a su disposición, señor.

—En primer lugar... ¿usted sabe el inglés?

—No, señor.

—Es porque quería enviar este telegrama, pero como es para un amigo americano, se lo mando en inglés.

—Eso no es obstáculo. Yo los mando en alemán, en sueco, en turco, en griego, y no los entiendo.

—Perfectamente... Esto es muy interesante... Tome usted — dijo Ernesto entregándole un papel en el que había garrapeado unas palabras.

—Lo transmitiré ahora mismo, delante de usted, para que se convenza de que ha salido a su destino. ¿Qué dirección?

—Apartado de Correos, 334. Madrid.

El telegrafista puso en movimiento el aparato y el mensaje salió hacia su destino. Ernesto sonrió satisfecho.

* * *

Encerrada en su camarote, con el retrato del que ella creía su esposo ante sus ojos, Mary decía a tío Pepe que quería consolarla y convencerla:

—Cada vez que le miro le encuentro más feo... Usted verá cómo se arregla... ¡Yo no quiero ser la mujer de ese hombre!

—Pero sobrina, ¿no comprendes que eso es una locura?... Debemos hasta las pestañas... y esa fortuna que ya vas a heredar es nuestra única salvación.

—No te esfuerces, tío, no me vas a convencer... Soy joven y tengo derecho a vivir como me plazca... Y sobre todo esto... ¡estoy enamorada!

—¡La catástrofe! — exclamó don José, dejándose caer en un sillón desplomado, como si un rayo le hubiera fulminado.

—¡La catástrofe para usted! — dijo don Cástulo que hasta entonces había permanecido silencioso en un rincón del camarote—. Me debe usted una fortuna... pierdo otra si no pago la herencia... ¡Comprenderá que no voy a quedarme tan tranquilo! Tomaré una enérgica determinación.

—¿Lo ves? — preguntó tío Pepe a su sobrina con acento desolado.

—Lo veo, tío, pero no cedo... Sigo afirmando que estoy enamorada y que el amor puede más que todo el oro del mundo.

—Usted dirá lo que su histerismo le dicte... pero yo cobraré — dijo don Cástulo con una energía de la que nunca, hasta ahora, había hecho alarde—. ¡Ya lo creo que cobraré! Ahora mismo pienso tomar mis medidas...

Muy estirado y rígido don Cástulo salió del camarote y, con una rabia contenida, se encaminó a la peluquería y entró en ella dando un respingo de furia.

—¿El pelo o la barba? — le preguntó el peluquero con solicitud.

—¡Toda la cabeza! — replicó don

Cástulo en un tono tan imperativo que el peluquero le miró con sorpresa.

—Está bien, señor — replicó, poniéndole el peinador y preparando el jabón y la navaja para proceder al más perfecto afeitado.

Un botones entregó a don Cástulo algunas revistas:

—¿Quiere usted leer, señor?

—¡Trae! — contestó don Cástulo arrebatándole de la mano todos los periódicos.

Comenzó a hojearlos arrojándolos al suelo al no hallar nada interesante en ellos. La posibilidad de perder aquella herencia en la que había confiado, le tenía en plena desesperación, y seguía mirando con furia revista tras revista, encontrándolo todo insulso, idiota, estúpido, rematadamente estúpido.

No se estaba quieto ni un segundo, y el peluquero tenía que hacer extrañas contorsiones para seguir los movimientos del cliente y no cortarle la yugular en uno de sus bruscos movimientos.

De pronto, don Cástulo, que hasta entonces había mirado las revistas a toda prisa, se detuvo con una de ellas en la mano, la acercó a sus ojos como si estuviera miope, la alejó de sí para ver mejor, la volvió a acercar a su cara, la miró y remiró una y mil veces, y sonrió al fin con una sonrisa inefable, beatífica, de bienaventurado. Don Cástulo era feliz. En la revista venía un retrato de Ernesto, de aquel joven que

en el barco se hacía llamar Dimas González, y al pie de la fotografía, en grandes caracteres, don Cástulo leyó:

El campeón español de natación, Ernesto Acevedo que de paso por la Habana, ha visitado nuestra redacción.

Se estaba don Cástulo tan quieto mirando la revista que el peluquero se preguntó qué le podía pasar a aquel señor tan inquieto para haberse quedado en la más absoluta inmovilidad, y, cuando al pasarle la maquinilla por el cogote, en lugar de dar el respingo que venía dando cada vez que se la pasaba, se puso a reír con una risa infantil, alegre, cascabelera, una risa que parecía una cascada de agua desbordada, le preguntó, sonriendo servil:

—¿Le hago a usted cosquillas?

—¡Me ha hecho usted feliz! — replicó don Cástulo—. ¡El hombre más feliz de la tierra!... ¡Nunca me olvidaré de su barbería! ¡Es una joya!

—Gracias, señor, gracias... es usted muy amable... muy amable... — dijo el buen hombre, tan extrañado, que al ver alejarse a don Cástulo dió un suspiro de alivio, pues estaba persuadido que se trataba de un loco.

Mientras tanto, don José y Mary seguían la conversación, muy preocupados los dos por la marcha que pudieran tener los acontecimientos.

—Ya te acostumbrarás a él — decía

tío Pepe a su sobrina—. Ernesto será un marido ideal. Yo he conocido mucha gente y te aseguro que no he visto en mi vida una cara que refleje tanta bondad como la suya.

—Está más delgado, ¿verdad? — inquirió Mary que jugaba distraídamente con su perrillo y que no había prestado atención a las palabras de tío Pepe.

—¿Quién? — preguntó éste, dando un respingo, porque no comprendía que un retrato pudiera adelgazar súbitamente.

—¡Mi perro! — exclamó Mary, riendo.

* * *

El telegrafista poeta escuchaba el martillar de su aparato receptor mientras él iba recitando en voz alta una poesía que estaba improvisando:

Más vale pajarito atado a un catre
que doscientos volando en la enramada,
porque aquel te lo comes con tomate,
y viéndolos volar, ¿qué sacas? ¡Nada!

Sonrió satisfecho de la belleza poética de su composición y se acercó para leer lo que los puntos y rayas iban marchando en la cinta de papel:

Policía cubana comandante "Estrella" ruta España. Se sospecha viajero Dimas González lleva documentación falsa. Abra investigación.

Cortó el trocito de cinta que correspondía a este mensaje y siguió leyendo con indiferencia los demás que iban viniendo. De pronto su cara se nubló, sus ojos reflejaron la más profunda tristeza, un gesto de desaliento y de dolor se marcó en sus labios y llamó a voces a su ordenanza:

—¡Miguel!... ¡Miguel!...

—A la orden — dijo el marinero encargado del reparto de los radiogramas que llegaban a bordo.

—Entrega esto al capitán rápidamente... Hay en el barco un bandolero... ¡Yo voy a algo más doloroso! Voy a oprimir con la tenaza del dolor un corazón femenino...

Y tomando otro pedacito de cinta, muy compungido, salió tras de Miguel que iba a llevar al capitán el mensaje que el telegrafista le había entregado.

Don Cástulo, que salía eufórico de la peluquería después del descubrimiento que acababa de hacer, se acercó a Ernesto que estaba sobre cubierta paseando:

—¿Qué hace el pollo, tan solitario? — le preguntó.

—Desesperarme.

—Lo creo, lo creo... A usted lo que le pasa es que está enamorado — dijo don Cástulo con una sonrisita significativa.

—Claro... ¡de un imposible! — suspiró Ernesto, asombrado de que el notario le hablara en aquel tono.

—Tonterías, amigo, tonterías... En el siglo veinte no hay imposibles. Lo que le pasa a usted es que es un tímido.

—¡Don Cástulo!

—Vaya... venga conmigo y dígame a Mary los verdaderos sentimientos de su corazón.

Ernesto, sin comprender gran cosa, se dejó arrastrar, y entraron los dos en el camarote de Mary en el que estaba ésta, siempre acariciando a su perrillo, y don José, con cara de funeral.

—¿Qué hace usted aquí? — gritó Mary al ver llegar a Ernesto—. ¡Váyase! No le quiero ver...

—He sido yo quien le ha traído — explicó don Cástulo—. Cuando dos corazones quieren aproximarse, ¿por qué separarlos?... Sería ir contra las leyes humanas y divinas...

—Pero... o yo estoy loco... o lo está usted — dijo don José, tomando cartas en la conversación—. ¿No decía usted que iba a tomar una determinación enérgica?

—Y la he tomado... Mi mayor deseo es que Dimas y Mary se amen lógicamente — afirmó el notario, que tenía sus razones para hablar de aquella forma.

—¡Adiós la herencia! — suspiró don José desalentado.

—¿Se puede? — preguntó tímidamente en aquel momento la voz del telegrafista.

—Por lo visto sí — replicó Mary al

ver que el buen hombre se había introducido en el camarote sin más preámbulo.

—Permítanme que me presente. Soy el telegrafista del navío, Aurelio Rodríguez, de servicio en este trasatlántico.

—Mucho gusto — dijo Mary mirándole extrañada.

—Un triste motivo me trae hasta aquí. La vida nos reserva los más tristes trances. Todo es perdurable: las ilusiones... el amor... Aunque todo nos sonría no hay que olvidar que la Parca fiera nos acecha y que de un golpe puede romper en flor todas nuestras ilusiones.

—Indiscutiblemente — afirmó don José, que encontraba sumamente ridículo a aquel tipo—. Pero, ¿a qué viene este responso fúnebre?

—Creo haber dicho que soy el telegrafista del barco.

—Puede estar usted seguro de que lo ha dicho, puesto que todos lo hemos oído.

—Pues bien, me explicaré... Acabo de recibir un telegrama... pero no es para mí.

—¿Entonces, cómo lo ha recibido usted?

—Porque yo los recibo todos, pues creo haber dicho que yo soy el telegr...

—Sí, sí, ya estamos enterados. ¿Qué dice esa serpiente que lleva en la ma-

no? — preguntó don José, sintiéndose chistoso.

—Seriedad, caballero, que es muy trágico lo que ocurre... Oiga lo que dice aquí: "Reserve partida completa calcetines lana...", no perdonen, no es éste... me he equivocado... Aquí está —añadió, volviendo a leer, ahora con voz rota por el dolor:

*Señora María Espinosa viuda de Acevedo. Accidente automóvil carretera Majadahonda costó vida Ernesto Acevedo Stop descanse en paz Stop el ayu-
da de cámara.*

Mary dió un grito de angustia y dejó caer al perro de sus brazos. Ernesto mordisqueaba la pipa rabiosamente, muy nervioso. Don Cástulo se metía todo el pañuelo en la boca para no estallar en carcajadas, puesto que él era el único que estaba en el secreto. Y don José que, como siempre, llevaba un puro en la boca que no lograba nunca encender, la abrió tanto que el puro cayó al suelo y fué a servir de juguete al perrito aun no repuesto del susto de haber caído de los brazos de su ama, que era lo mismo que haber caído del paraíso.

Ernesto fué el primero en reaccionar, y acercándose a la joven, le dijo con acento que procuró hacer conmovido:

—¡Valor, Mary!... Hay que tener

fuerza para empezar una nueva vida... ¡Resignación!

A don Cástulo se le escapó la risa y la reprimió rápidamente diciendo por disimular:

—Perdonen... es histérico...

—¡Pobre Ernesto! — suspiró Mary, llorando—. ¡Tan interesante! ¡Tan caballero!... ¡Era un romántico! ¡Un idealista!...

—No somos nadie... Todo es perdurable — comentó el telegrafista al que la escena conmovía hondamente.

Sonaron unos golpes en la puerta del camarote y entró un oficial que se cuadró ante los asistentes.

—¿Qué ocurre? — preguntó Mary, toda llorosa—. ¿Una nueva desgracia?

—Perdónenme... El capitán me ordena conducir a su despacho a Dimas González — dijo el oficial.

—¿A Dimas? ¿Por qué?

—Yo no sé nada, señora. Únicamente cumplo una orden.

—Será una confusión — dijo Ernesto—. ¡Animo, Mary! ¡Yo vuelvo en seguida!... Cuando usted quiera — dijo, dirigiéndose al oficial.

—¡Vaya mañanita!... — murmuró don José, secándose el sudor de la frente ante el cúmulo de acontecimientos que se estaban desarrollando.

El capitán estaba en su despacho despachando sus asuntos. Era un hombre de aspecto terrible, muy enérgico, de un genio feroz, pero casi siempre an-

daba un poco despistado y los que le conocían de cerca no le tenían miedo, pues sabían que sus gritos y los puñetazos que descargaban sobre la mesa no eran más que actitud.

—¡No los firmo, no los firmo y no los firmo! — gritaba, ante unos protocolos que tenía a la vista y que uno de los oficiales le había presentado.

—No es necesario, señor — contestó éste sin perder su paciencia ni su aplomo—. Estos ya están firmados.

—¿Firmados?... ¿Y quién los ha firmado? — vociferó el capitán.

—Usted, señor.

—¡Ah, por eso tenía yo razón al decir que no los firmaría! ¡Si ya están firmados...!

Se volvió hacia la puerta al escuchar los pasos de los que entraban y reconoció al llamado Dimas González que venía al lado del oficial y seguido de dos marineros que le daban escolta.

—Pase... ¿Cómo se llama usted? — preguntó el capitán al recién llegado.

—Dimas González... ¿Y usted? — replicó Ernesto, alargándole la mano que el capitán no estrechó.

—Su pasaporte — ordenó.

Ernesto entregó el pasaporte que sacó del bolsillo de su chaqueta.

—Usted viaja con documentación falsa — dijo el capitán después de haber examinado detenidamente los papeles—. Este pasaporte ha sido falsificado pe-

gándole una fotografía que no le corresponde. ¿Qué dice usted a eso?

—En efecto... es falsificado... pero yo le explicaré... — comenzó a decir Ernesto, muy desconcertado—. Yo me casé, mejor dicho, hace cien años mi tatarabuelo...

—¡Basta! — gritó el capitán, creyendo que se estaban burlando de él—. ¿Confiesa ser o no ser Dimas González?

—Déjeme que le explique... En el año mil ochocientos cuarenta, don Remigio Espinosa dejó una herencia... Don Remigio era amigo de mi tatarabuelo y...

—¿Y a mí qué me importa todo esto? Si no es usted Dimas González, ¿quién es usted?

—Ernesto Acevedo — dijo Ernesto con humildad.

—Acevedo... Acevedo... Bueno, admitamos que es usted Acevedo... ¿por qué cambió usted de nombre?

—Verá usted: mi mujer viaja en este barco, y yo... yo...

—¿Tenía una aventura amorosa, no es eso?... ¡Qué falta de moralidad!... ¿Cómo se llama su esposa?

—María Espinosa... de Acevedo... ¡naturalmente!

—Es esa millonaria cubana que viaja con su perro — explicó el oficial que no era indiferente a los encantos de Mary.

—¡Ah, sí!... Vaya a buscarla. Que

venga inmediatamente. Si tiene un retrato de su esposo que lo traiga... ¡Y cuidado, que tampoco de ella podemos fiar! Puesto que está metida en este asunto... — murmuró el capitán—. Usted vaya a buscar al teniente jurídico —ordenó al oficial segundo. Y encarándose con Ernesto le dijo—: ¡Y usted siéntese, y calle!...

El teniente jurídico estaba jugando una partida de ajedrez y, como estaba más sordo que una tapia, le costó mucho trabajo comprender que el capitán lo mandaba buscar. Al fin, y después de grandes esfuerzos, el oficial se lo dio a entender y fueron todos al despacho del capitán, donde ya estaban también Mary acompañada de su tío y de don Cástulo.

—Le ruego, señora, que disculpe estas molestias, pero su presencia era absolutamente necesaria — dijo el capitán, que había dulcificado un poco el tono.

—No me explico... — susurró Mary que había lanzado una mirada furtiva a Ernesto.

—Procuraré ser rápido, pues a todos nos interesa terminar cuanto antes este enojoso asunto... y disculpará usted las preguntas que voy a hacerle, encaminadas al total esclarecimiento de un posible delito de suplantación: ¿Conoce usted a este señor? — le preguntó, mostrando a Ernesto, que estaba muy extrañado de los gestos que don Cás-

tulo le hacía desde que había entrado en el despacho.

—Sí. Le he conocido en el barco. Creo que se llama Dimas González. Le estoy muy agradecida, pues ha sido el salvador de mi perro... y de estos dos señores.

—Pues la ha engañado a usted y ha intentado engañarnos a todos... ¡Ese no es su nombre!... Este sujeto afirma que es su esposo de usted... ¿Puede usted aclararnos este extremo? ¿Ha traído la fotografía que yo le he pedido?

—Sí... Mi esposo era éste — dijo Mary, mostrando la fotografía del mayordomo con sus imponentes patillas.

—¿Ha dicho usted... era? — inquirió el capitán, sorprendido.

—Sí. Mi esposo murió ayer en España en un accidente de automóvil.

—¿Cómo?... ¡Caramba, caramba!... Lamento mucho su desgracia, señora... Reciba mi más sentido pésame — dijo el capitán.

Y viendo que don Cástulo seguía haciendo unos gestos extraños y unas muecas incomprensibles, se dirigió a él y le gritó:

—Lleva usted haciendo tonterías desde que ha entrado aquí... y le advierto, caballero, que esto es más serio de lo que cree...

—Don Cástulo se quedó serio y el capitán se dirigió a Ernesto:

—Ya ve usted lo pronto que hemos descubierto sus mentiras... No olvide

que al delincuente le beneficia siempre la espontánea confesión de sus delitos. Además, no puede engañarnos ya con supercherías. Convénzase y háganos una detallada relación de los hechos...

—¿De qué hechos? — preguntó Ernesto poniéndose de pie, indignado por toda aquella farsa—. Señores, yo les aseguro... Yo te aseguro, Mary, que soy Ernesto Acevedo... Puedo demostrarte que soy Ernesto... tu marido... —dijo el muchacho muy excitado por el embrollo en que se había metido.

—¡Ernesto ha muerto! — murmuró Mary, solemne y triste.

—Sí, claro, Ernesto ha muerto... ¡Tiene gracia!... Ha muerto porque yo... porque yo...

—Siga, no se interrumpa... Ha muerto porque usted... — dijo el capitán, animando al acusado.

—Porque yo puse un radiograma a España, a mi criado, para que él, a su vez...

—¿Cuándo puso usted el radiograma? — interrumpió el capitán.

—Ayer por la mañana... No... Sí... Creo que fué ayer por la mañana...

—A ver, que avisen al telegrafista; él aclarará este asunto.

El poeta fracasado llegó con su aspecto de hombre que vive siempre en la luna, y murmuró, mirando a todos con su mirada vaga y melancólica:

—A la orden, mi capitán...

—Acérquese.

—Sí, mi capitán.

—¿Cuándo cursó un telegrama el señor Dimas González?

—Ayer... Sí, creo recordar que fué ayer por la mañana... Sí, el salvape... digo, el señor González puso un telegrama en inglés. Aquí está el texto.

—Bien, váyase — ordenó el capitán, y dirigiéndose a Ernesto que cada vez estaba más confuso y perplejo, añadió—. ¡En inglés, en inglés!... ¡Vaya, vaya... en inglés!...

—Sí, señor, en inglés — afirmó Ernesto.

—He aquí, señores, la clave del misterio — explicó el capitán—. Primero: el telegrama va dirigido a Lista de Correos. Segundo: su texto no puede ser más convincente. Dice así: "Todo marcha bien. Necesito elimines Ernesto Acevedo único obstáculo que se opone éxito Stop gracias"... Señores, creo que todos ustedes convendrán conmigo de que nos encontramos ante un caso mucho más grave de lo que suponíamos... Alrededor de esta señora, y atraídos por sus millones, han debido agruparse los más célebres criminales de Europa y América... Señora, acaba usted de decirnos que su esposo ha muerto en España a consecuencia de un accidente... Yo me atrevo a asegurar que no hay tal accidente... ¡Su esposo ha muerto asesinado!

Don Cástulo y Ernesto, que se miraban y se hacían señas de mutua inte-

ligencia, palidecieron al escuchar aquellas palabras. Ernesto se veía perdido: don Cástulo creyó que él era también víctima de aquella banda de asesinos y que había sido vilmente engañado por la noticia lanzada por el periódico de La Habana...

El capitán seguía hablando, implacable en sus deducciones:

—“Todo marcha bien... Necesito elimines a Ernesto Acevedo...” He aquí palabras escritas por este hombre horas antes del terrible atentado... ¿Hace falta una prueba más clara y convincente? ¡Usted, usted es el asesino de Ernesto Acevedo! — gritó amenazador dirigiéndose a Ernesto.

—¡Pero por Dios, capitán...! ¡Todo eso es ridículo! — quiso argüir Ernesto, que se debatía en un enredo que cada vez se iba enmarañando más y más.

—¡Silencio! ¿Es ridículo que muera un hombre asesinado por una manovale?

—Señor capitán — murmuró don Cástulo interviniendo en la contienda y exhibiendo el periódico que había arrebatado en la peluquería—. En esta revista de La Habana figura la fotografía de este señor como Ernesto Acevedo...

—¿Qué fecha tiene el periódico? — preguntó el capitán después de haber mirado la fotografía y leído el epígrafe que venía a su pie.

—Es del mismo día en que salió el barco.

—Entonces todo está claro, clarísimo, no puede estar más claro!

—¿Lo estás viendo, Mary?... ¡Todo está clarísimo, como dice el capitán!

Este no le dejó proseguir, porque levantando más la voz para apagar la suya, siguió diciendo:

—Fíjense ustedes en lo que dice aquí: “Ha visitado nuestra redacción...” De lo que se desprende que, premeditadamente visitó la redacción del periódico haciéndose pasar por Ernesto Acevedo, para que publicasen su fotografía y tener una posible cohartada. Conozco las extrañas circunstancias que rodean la boda de la señorita Espinosa, hoy señora viuda de Acevedo... Por lo visto este bandido también las conocía y pensó apropiarse de la herencia, primero haciéndose pasar por Ernesto Acevedo, después dando órdenes a sus secuaces para que asesinaran al verdadero Ernesto Acevedo, mientras él, placidamente, le hacía a usted el amor...

—¡Canalla! — gritó con voz sorda de ira don José—. ¡Querer robarnos la herencia!

—Por fortuna todo se ha descubierto a tiempo — siguió explicando el capitán, contento del servicio que estaba prestando a la justicia—. ¡Oficial! Conduzca al detenido a un calabozo en donde permanecerá hasta que sea entregado a las autoridades españolas.

—¡Un momento, por favor! — interrumpió el teniente jurídico que, como era sordo como una tapia no se había enterado demasiado bien de todo lo que acababa de ocurrir—. Quisiera hacer una pregunta al inculcado... Conteste el acusado, sin preámbulos... Esos cincuenta kilos de café procedían, claro está, de La Habana... Ahora bien, la partida de mantones de Manila, ¿era suya o no era suya?

—¡Está usted loco! — masculló don José conteniendo su ira, pues a él habían ido dirigidas aquellas palabras del desdichado jurídico que se creía hallarse ante un caso claro de “estraperlo”.

—¿Lo ven?—dijo el jurídico, triunfalmente—. Se declara autor de ambos delitos. ¡Que le detengan inmediatamente!

Nadie le hizo caso, porque todos conocían las “planchas” que cometía debidas a su sordera incurable, y únicamente don José sintió como si fuera a caer al suelo sin sentido y tuvieron que sostenerle y reanimarle explicándole el caso del jurídico que había salido ya para ir a terminar su partidita de ajedrez.

Cuando Ernesto se vió encerrado en el calabozo, en las más hondas profundidades del buque, sintió desencadenarse toda su indignación y su rabia y comenzó a chillar sin miramientos, creyendo que a fuerza de voces conseguiría imponer su razón:

—¡Esto es un atropello!... ¡No se puede tratar así a un pasajero!... ¡El capitán es un besugo!... ¡Idiotas!... ¡Cretinos!... ¡Imbéciles! ¡Sois una partida de pingüinos!... ¡Mi tatarabuelo también era un pingüino!...

El marinero que prestaba guardia al preso, viejo lobo de mar acostumbrado a muchas cosas bastante peores que todos aquellos insultos que salían de labios de Ernesto, le miraba sonriendo mientras comía con toda tranquilidad para matar las horas que había de pasar de guardia; pero de vez en cuando hacía señas al prisionero para que bajara más la voz, porque aquello ya le iba pareciendo un poco excesivo.

—¡No me da la gana de callar! — gritó Ernesto con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Quiero gritar!... ¡Me entusiasma gritar! — y pegaba tales chillidos que desgarraban los tímpanos—. ¡A ver si así se enteran!... ¡El capitán es un camello!

—De acuerdo — dijo el viejo marinero acercándose a la reja del calabozo—. Pero hasta llegar a España no conseguirá usted nada más que ponerse ronco o perder la voz si sigue así. Es mejor que se calme. ¿Por qué no prueba a cantar? Es lo que hacen todos y les distrae mucho... Bueno, pues no cante — añadió ante el gesto de ira del prisionero.

—¡Canalla! ¡Besugo! ¡Cretino! ¡Imbécil! ¡Idiota! ¡Pingüino!... — mascu-

llaba Ernesto ensartando los insultos que parecía no iban a tener fin.

Y como se callara un momento, el marinero, entre bocado y bocado, apuntó:

—¡Antropófago...!

—Eso, antropófago, sí, señor.. gracias por la sugerencia... ¡El capitán es un antropófago!

Se acercó luego hacia el portillo que había en la pared del fondo del calabozo y miró por él al mar sin límites, al mar que invitaba a la libertad, a los viajes infinitos, a la inmensidad... un pensamiento cruzó por su mente y gritó con nuevos bríos:

—¡Ya está!... ¡Una ballena!... ¡El capitán es una ballena!... ¡El capitán es una ballena!...

Se le quedó la voz ahogada en la garganta, pues al correr hacia la reja de la puerta para gritar más fuerte aquel nuevo insulto, se encontró frente a Mary, que venía rigurosamente enlutada, y don José que llevaba una gran franja negra en la manga de su chaqueta.

Ernesto sonrió feliz al ver a su esposa, se dulcificó, la miró con una larga mirada llena de ternura, y le dijo, emocionado:

—¡Ya sabía yo que vendrías a verme, Mary!... Tú no crees todo eso, ¿verdad?... ¡Qué feliz soy!

—¡Déjeme! — replicó Mary muy seria, desasiéndose de las manos de Er-

nesto que había aprisionado las suyas—. He venido para decirle que es usted el ser más falso, más canalla y más odioso que he conocido... que me da usted asco... que me repugna haber estrechado su mano... y que me da pena de mí por haberle creído y por haber confiado en sus palabras...

—¿Para eso has venido...? — preguntó Ernesto decepcionado.

Mary hacía visibles esfuerzos para no romper en sollozos, y con la cabeza baja, sin atreverse a cruzar su mirada con la de Ernesto, replicó:

—Era necesario... ¡Y era usted quien me hablaba de sentimentalismos!... ¡Quien me había hecho creer en el amor!... ¡Qué desengaño!... ¡Parece mentira que un hombre pueda envilecerse tanto!... ¡Y por dinero!...

—Pero Mary, por Dios, créeme... créeme por lo que más quieras... No se trata más que de una broma...

—¡Una broma!... No se esfuerce en justificar lo que no tiene explicación posible. Únicamente quiero demostrarle que soy mejor que usted. En España le pagaré un buen abogado para que le defienda... ¡Adiós, Dimas... o como se llame!... ¡Hasta nunca!

—¡Canalla!... ¡Estafador!... — insultó el tío Pepe, cogiendo a su sobrina por el brazo y arrancándola de allí.

Ernesto les vio marchar mirando con una mirada inexpresiva, estúpida, como si de pronto se hubiera quedado idiota-

zado por la rapidez con que todo había sucedido y por lo imprevisto de los acontecimientos, y, como si estuviera en otro mundo, comenzó a cantar, como cuando era niño:

Los pajaritos cantan
las nubes se levantan...
que sí... que no... ¡Guuuupiiii!...

* * *

Al llegar al primer puerto español, don Cástulo, don José y Mary desembarcaron para tomar el primer tren que saliera para Madrid.

También el capitán se apresuró a poner en manos de las autoridades españolas al reo que había apresado y de cuya detención se sentía muy orgulloso, pues estaba completamente seguro que con él se descubriría a toda una banda de atracadores y asesinos internacionales que debían actuar en gran escala a juzgar por la envergadura de la empresa que habían acometido al querer apoderarse de la cuantiosa fortuna de la señorita Espinosa.

Ernesto, esposado, entre una pareja de la Guardia Civil, bajó del barco, rojos de furor los ojos y la voz ronca de tanto gritar, pero con un empaque y una gallardía que la gente se volvía a mirarle extrañada de su gesto de desafío. Subió al coche celular y allí, siempre junto a la pareja de guardias, hizo su viaje por carretera, siguiendo casi

idéntico trayecto que el del ferrocarril que llevaba a Mary hacia la capital de España.

Iba ella en su departamento sumida en sus meditaciones, mientras don José dormitaba en un rincón y don Cástulo se perdía en sus inacabables peroratas aburridas y monótonas como el acompasado martilleo de las ruedas del tren.

—No hay nada como viajar.. Para mí es un placer trasladarme de sitio... Recuerdo que en una excursión por el Orinoco...

—¿Qué pasa? — preguntó don José sobresaltándose ante un silbido del tren que le despertó de su apacible sueño.

—Nada, tío, duerme.

—¡Tantas impresiones han desbaratado mi sistema nervioso! — comentó tío Pepe dando media vuelta y acomodándose mejor para seguir durmiendo.

—La existencia de los hombres se reduce a viajar eternamente — siguió diciendo don Cástulo—. Lo triste es no saber qué día es el de nuestro último viaje... ¡Ya ve usted el pobre Ernesto! ¡Quién se lo iba a decir, que moriría asesinado vilmente!... Y Dimas, otro desgraciado... ¿Qué será de él?

—¿Quiere apagar la luz? — rogó Mary, que no podía más y deseaba estar sola con sus pensamientos.

—Como usted quiera — asintió el notario, cumpliendo lo que se le pedía.

Mary apoyó la cabeza en el respaldo

y se quedó mirando por la ventanilla a la noche silenciosa y tranquila. Por la carretera, casi al mismo nivel del tren, iba un camión cerrado; parecía un coche celular; Mary pensó en Dimas y unas lágrimas amargas brotaron de sus ojos y fueron rodando por sus mejillas pálidas a las que la luz de la luna daba transparencias de nácar.

* * *

Al día siguiente, en Madrid, después del largo viaje y de una noche eterna pasada en un calabozo de la Jefatura de Policía, un guardia vino a llamar a Ernesto:

—¿Ernesto Acevedo?

—Yo soy.

—Sígame.

Le llevó al despacho del comisario y éste, levantándose prestamente, dijo un poco confuso y deshaciéndose en excusas:

—Lamento muchísimo lo ocurrido, señor Acevedo, pero comprenderá usted que el capitán del barco no hizo más que cumplir con su deber. Todo le acusaba a usted y él no le conocía.

—Lo comprendo, señor comisario, pero usted no puede imaginarse los perjuicios que este asunto me trae... —murmuró Ernesto acordándose de Mary, de su esposa, de su mujercita de su alma que ya no creía en él y que le consideraba como un ser abominable.

—Lo sé todo —replicó el comisario—. La investigación ha sido rápida y completa. Como mi deseo es ayudarle he decidido ponerle en libertad y le salgo fiador... No olvide usted que ha incurrido en un grave delito penado por el Código: viajar con documentación falsa...

—Es verdad... La bromita me ha costado cara y aun no sé qué otras consecuencias puede acarrearle... Gracias por todo... No le olvidaré nunca —dijo Ernesto, impaciente ya por llegar a su casa y aclarar todo lo ocurrido antes de que Mary hubiera podido tomar una resolución extrema.

—Vaya, vaya pronto... —dijo el comisario acompañándole hasta la puerta—. Su mujer estará impaciente... ¡Ah! y que conste... A mí, particularmente, me ha hecho mucha gracia su aventura amorosa...

—Y a mí también... si no hubiera sido este final desastroso... ¡No sabe usted los días felices que he pasado en el barco, conquistando a mi mujer! —rió Ernesto, estrechando la mano del comisario.

* * *

Mary, siempre acompañada de sus dos inseparables caballeros, había llegado a la casa de Ernesto Acevedo, vistiéndolo sus velos de viuda, con la cara muy compungida y el corazón vei-

daderamente angustiado por todo lo que en el barco había ocurrido.

Salió a abrir la doncella, que se quedó parada ante aquella dama enlutadísima y los dos severos varones.

—¿Es esta la casa de don Ernesto Acevedo? —preguntó Mary.

—Sí, señora.

—Yo soy su viuda.

—¿Su viuda? —preguntó la doncella haciendo un puchero—. ¿Pero... ha muerto el señorito Ernesto?

—Desgraciadamente —afirmó Mary—. ¡Pero yo creí que ya lo sabrían ustedes! ¡Ha muerto asesinado!

—¡No sabíamos nada! —exclamó la doncella rompiendo a llorar inconsolable—. ¡Pobre señorito Ernesto!... ¡No... mo... morir... asesinado!...

Dimas, que estaba con su mandil y su plumero encaramado en una escalera limpiando los cuadros del despacho de su señor, bajó rápidamente los peldaños, se quitó el mandil que escondió debajo de un sofá, se atusó las patillas y se quedó un momento escuchando lo que decían los recién llegados y la doncella. Estaba pálido, muy nervioso, azoradísimo. No había duda: era la señora la que llegaba; era la esposa del señorito Ernesto, es decir, su esposa. ¿Qué hacer? ¿Y el señorito por qué no venía con ella? ¿Qué le diría? ¿Qué habría pasado? El llanto desconsolado de la doncella le decía que el radio-grama había surtido efecto, que la se-

ñora venía en su calidad de "viuda". pero si Ernesto Acevedo había muerto y Ernesto Acevedo era él, no podía presentarse delante de su propia viuda... ¡Santo Dios, en qué lío le habían metido!

La voz de la doncella y su llanto llegaban hasta él:

—¡Pobre señorito Ernesto! ¡Quién lo iba a pensar!... ¡El tan alegre, tan bueno, tan dicharachero!... ¡Morir asesinado!...

—Quien sabe... quien sabe... —murmuró don Cástulo, que aun no acababa de ver claro en todo aquel asunto.

Dimas se miró al espejo, se arregló la corbata, se atusó el pelo, hizo un gesto de heroica decisión y se encaminó con paso firme hacia el recibimiento donde los tres recién llegados trataban de consolar a la doncella sin pecatarse de la presencia del mayordomo.

Fué Mary la primera en descubrirle y dió un grito ahogado:

—¡Ernesto!... ¡Ernesto!... ¿Vives? ¡No es posible!... ¡Qué alegría tan grande!... Y yo... que creía... que...

—¿Cómo está usted, Mary?... ¿está usted bien?... Yo bien... —balbuceó Dimas, con una sonrisa estúpida y un gesto muy divertido de timidez y azoramiento que le hacía aparecer perfectamente ridículo.

—No me hables de usted—rogó Mary un poco ruborosa—. Recuerda que soy tu mujer, aunque durante unos días

he creído que era tu viuda... Ya te contaré... Perdona, voy a presentaros... Mi tío Pepe.

—¿Como está usted? Ya tenía el gusto de conocerle—se apresuró a decir Dimas, tendiendo la mano a don José, que preguntó extrañado:

—¿A mí?

—Sí... por teléfono.

—Es verdad... ¡Venga un abrazo, sobriño! ¡No sabes lo que celebro encontrarte vivo!

—Sí... es una suerte que esté vivo... que estén vivos ustedes... y que estemos vivos todos...

—Este señor es don Cástulo —siguió diciendo Mary — don Cástulo Bonilla, notario de La Habana. Es el que lleva el asunto de la herencia.

—Es para mí un placer estrechar la mano de mi cliente Ernesto Acevedo—dijo don Cástulo.

Al escuchar aquello la doncella dió un respingo y les miró a todos como si estuviera contemplando a una cuadrilla de locos escapados del manicomio; y Dimas, temiendo que la doncella cometiera una indiscreción, empujó a los recién llegados, haciéndoles entrar en el despacho, y, volviendo él a salir un momento, cogió a la chica por el brazo y le dijo en voz baja pero en un tono autoritario que no admitía réplica:

—¡Chsssss...! ¡Yo no soy Dimas! ¿Entiendes? ¡Soy Ernesto Acevedo!...

No me llames de otra forma... o...

Volvió a entrar en el despacho, cambiando el gesto de amenaza por otro muy suave, y dijo:

—Siéntense, siéntense ustedes.. Vendrán cansados del viaje... ¡Está tan lejos Cuba!

—Lo peor no ha sido el viaje, sino los peligros que hemos corrido... ¡Tú también has estado en peligro, Ernesto!

—¿Yo?... ¡Pues no he notado nada! —replicó Dimas, sorprendido.

—En el barco venía una banda de estafadores —explicó Mary— dispuestos a arrebatarnos la herencia y a matarte a ti...

—¡Qué simpáticos!—exclamó Dimas, que no sabía qué decir.

—Creo que no merece la pena hablar más de este asunto. La justicia lo esclarecerá todo —aconsejó don Cástulo con prudencia.

—Opino lo mismo —añadió don José—. Yo, aunque mi sobrino me llamase fresco, confieso que preferiría cenar a hablar de bandidos. ¡Tengo tal hambre!

—Pues, claro, tiito... tú mandas en esta casa—se apresuró a decir Dimas—. Además es una hora muy a propósito...

Y adoptando sus aires de mayordomo, preguntó:

—¿Qué van a tomar los señores?

—Cualquier cosilla... Lo que tengas en casa... No te preocupes.

Dimas salió a dar órdenes y volvió a los pocos momentos:

—La cena estará dentro de un cuarto de hora—dijo.

—Pues voy a provechar para cambiarme de traje. ¿Cuál es mi cuarto?

—Su cuarto... digo, tu cuarto... pues verás, el caso es que... que no te he preparado la habitación, pero puedes cambiarte en la mía...

—Vamos, sobrino... o eres muy previsor... o muy poco... —rió don José, con sus ribetes de sana picardía.

Dimas miró angustioso a la doncella que acudía a su llamada, y le dijo, mirándola fijamente para que le entendiera:

—Conduzca a la señora a mi habitación... bueno, a mi habitación grande... ¿comprende? Es que yo tengo dos alcobas... un capricho... la grande y la pequeña... A la grande la llamo la del señorito Ernesto... Ya sabes, acompaña a la señora a mi habitación grande... y a estos señores al cuarto de baño para que puedan lavarse un poco antes de ir a la mesa...

La doncella, con una cara de susto que metía miedo, asintió y salió, precediendo a los tres personajes.

Dimas, al quedarse solo, se secó el sudor de la frente, dió un hondo suspiro y se fué escurriendo hasta caer al suelo en el más profundo de los desahientos.

Pero aquello no era más que la pri-

mera prueba para el desdichado Dimas. Otros instantes más difíciles habían de sobrevenir. Y sobrevinieron, ¡cómo no!

A la hora de la comida, Dimas hubiera preferido servir rígidamente los diversos platos, que estar allí, haciendo de señor de la casa, escuchando la charla insípida de don Cástulo y sufriendo las miradas que de tiempo en tiempo le lanzaba Mary desde su puesto, miradas que le aturdíaban, le atolondraban y le dejaban casi sin aliento.

—¡Ah, mi querido señor Acevedo, aquello sí que son verdaderos nadadores!—decía el notario haciendo alarde de sus vastos conocimientos del amplio mundo—. Tribus enteras de nadadores que permanecen varios minutos debajo del agua... ¿Y saltando?... Saltando es algo maravilloso cómo se lanzan... Usted practicará el salto de altura, ¿verdad? ¿Domina usted el salto de la trucha?

Dimas, que estaba en la luna, respondió sobresaltado:

—¿La trucha?... ¿Qué trucha?... ¡Ah, sí... sí...! —respondió luego, reaccionando.

Mary se levantó, dando por terminada la comida:

—Voy al despacho a descansar un ratito. Estoy terriblemente fatigada.

—Tú puedes acompañarla, sobrino—dijo don José, haciendo un significativo gesto al pobre Dimas, que sintió correrle un calofrío por todo el cuerpo—.

Nosotros nos quedaremos un ratito de sobremesa.

—Podemos ir con ellos—arguyó don Cástulo que no renunciaba fácilmente a deslumbrar a su cliente con el relato de sus andanzas.

Don José le detuvo por el brazo y le obligó a permanecer sentado:

—Es mejor que les dejemos solos. ¡Tendrán tantas cosas que contarse!... Hágase usted cargo de que hoy se han conocido, de que es el primer día de novios... ¡el primer día de casados!

—¡Es verdad... su noche de bodas! —murmuró don Cástulo, poniéndose de pronto romántico y melancólico.

Mary y Dimas se habían sentado en el sofá, cada uno en un extremo, lo más lejos posible uno de otro, como si se tuvieran miedo. Guardaban un silencio solemne, un silencio que pesaba sobre ellos como una losa sepulcral.

Mary, mujer al fin, fué la primera en romper aquel silencio, que ya se iba haciendo insostenible.

—Perdona que no te hable... Ocurren muchas cosas en mi alma y necesito ordenarlas para después elegir las buenas y desechar las malas... Necesito del silencio... No te molesta, ¿verdad?

—En absoluto, Mary, me encanta el silencio. Si quieres ya no hablamos nada más en unos cuantos días...

Mary le miró un rato, mientras encendía el cigarrillo que él le había ofre-

cido, y luego le dijo con toda sinceridad:

—Me has fallado, Ernesto... Yo te creía un cínico dispuesto a arrostrarlo todo para alcanzar la herencia. Confía en que tu cinismo me daría ánimo para hacer lo mismo, pero... no sé... eres todo lo contrario de lo que yo me imaginaba... Llevo luchando conmigo misma muchas horas, muchos días... Daría cualquier cosa porque te impusieras... porque no fueses tímido...

—Sí, reconozco que soy un poco tímido...—balbuceó Dimas.

—Guardemos silencio, te lo suplico —dijo Mary, sin darse cuenta de que era ella la que se lo decía todo.

Apoyó la cabeza en los almohadones que tenía a su espalda, cerró los ojos y fumó con voluptuosidad.

Dimas, al verla con los ojos cerrados, creyó llegado el momento de liberarse, se levantó con mucho tiento, y, andando de puntillas y sin dejar de mirarla para estar seguro de que no abría los ojos, se dirigió a la puerta y separó las cortinas.

Ernesto, que había llegado a su casa, había abierto la puerta con su llavín y había entrado sin ser visto, estaba tras aquellas cortinas atisbando toda la escena, y dió un salto atrás para que Dimas no tropezara con él.

—¡Silencio!—le impuso más con el gesto que con la voz.

—¡Señor, qué tranquilidad! —repu-

so el criado con el más emocionado de los tonos que pudo encontrar en su voz grave y campanuda.

—¿Cuándo han llegado?—le preguntó Ernesto, llevándole a un ángulo de la habitación.

—Hoy, a las ocho.

—¿De qué habéis hablado?

—De tonterías, señor.

—¿Qué impresión le has causado a ella?

—Pchssé... ¡Uno no está mal del todo!—replicó Dimas, con una modestia falsificada.

—Está bien... ¿Te gusta mi mujer?

—¡Señor!

—Contesta.

—Es una cubanita muy mona.

—Perfectamente... Es imprescindible que le hagas el amor.

—Señor... yo... yo soy un escéptico...

—Eres un idiota, y harás lo que yo te mando. Y lo que te mando es que le hagas el amor a mi mujer.

—Pero... —quiso protestar Dimas, al que el juego le iba pareciendo demasiado peligroso.

—¡A callar!... Pasa...

—Señor, yo le ruego...

—¡He dicho que pases! —insistió Ernesto, empujando a Dimas hacia la puerta del despacho.

Dimas entró. Mary seguía con los ojos cerrados. Se colocó detrás de ella y miró con angustia a Ernesto que atis-

baba por entre las cortinas, haciéndole gestos desesperados en demanda de socorro.

Mary abrió los ojos y miró ante sí, a un gran espejo que tenía frente a ella y que reflejaba la imagen de Dimas haciendo muecas y figuras extrañas.

—¿Qué tonterías haces? —preguntó la muchacha, volviéndose a él—. Yo te creía un hombre serio...

—Te espantaban las moscas... Hay muchas moscas aquí, ¿sabes?... ¡Muchas moscas! —explicó Dimas, haciendo los gestos más exagerados, para disimular.

Luego se sentó al lado de ella, pero cerca, muy cerca, y pasó el brazo por detrás de su cabeza. Mary se extrañó del gesto, pero no se movió. Dimas comenzaba a sudar de angustia, porque aquella situación era tan anormal que no sabía cómo enfrentarla.

—¿Qué hora es?—preguntó Mary.

—Pronto... las once... las doce... es igual... Lo interesante es que estás a mi lado—dijo Dimas, lanzándose como el que salta un trampolín para dar el salto mortal, o de un avión para caer en paracaídas sobre territorio enemigo—. No dejes vagar la mirada por los campos magníficos de café... olvida el susurro tenue de las palmeras movidas por la brisa tropical... deja a Guanabacoa... No escuches las plácidas tonadas criollas, ven a mí... ¡Qué importa que el agua, el aire, la tierra y la distancia

nos separen, si yo voy a ti y tú vienes a mí...!

—Pero, Ernesto... ¡si todo esto me lo dijiste por teléfono el día de nuestra boda—exclamó Mary, asustadísima.

—¡Sí... ¡Y he esperado veinte días mortales para poder decirte hoy esta frase que tanto anhelaba decirte... ¡Al fin solos!

Quiso abrazarla, pero Mary se levantó rápida como una centella y dió un salto que la hizo ponerse fuera del alcance de Dimas, el cual, al encontrarse con el vacío, se dió un terrible porrazo en las narices.

Ernesto, entre las cortinas, se divertía como nunca se había divertido y tenía que hacer esfuerzos enormes para no soltar la carcajada.

Mary, parada en medio de la habitación, con el rostro encendido y en los ojos una mirada enérgica, de inquebrantable resolución, le dijo:

—Es mejor que terminemos ahora mismo. Yo no puedo quererte. Nunca te querré, porque no me gustas.

—¡Qué dolor!—exclamó Dimas, palpiándose las maltrechas narices.

—Perdona mi rudeza, pero...

—No... si me refería a mi nariz.

—Ponte un poco de agua fría y te pasará... Va muy bien.

—No me aliviará... es la ternilla... Pero prosigue... ¿qué decías?

—¿Qué decía...? ¡Ah, sí, que no me

gustas, Ernesto... Todas las mujeres tienen un ideal, un príncipe rubio, un aviador moreno, un empleado de Hacienda... lo que sea, pero tienen un ideal... ¡Y yo también tengo el mío!... ¡Estoy enamorada de un bandido!

—Mira... eso tiene gracia... A todas las extranjeras les pasa lo mismo. ¡Es bonito soñar con un bandolero andaluz o con un torero de la Alcarria...!

—¡Un bandido!... —suspiró Mary, soñadora—. Le conocí en el barco... Le inculparon de asesinato... ¡el tuyo!... ¡Qué tontería! ¡Ya hemos visto todos que no fué verdad!... Dimas podrá ser un ladrón... ¡pero no es un asesino!

—¿Has dicho Dimas?...

—Sí, Dimas, he dicho Dimas—afirmó Mary.

—¡Ha dicho Dimas! —exclamó en aquel momento Ernesto, entrando en el despacho con el rostro resplandeciente de júbilo.

—¡Tú!... ¡Tú!...—gritó Mary, asombrada.

Dimas se inclinó respetuosamente y murmuró:

—Señor...

—Necesitaba oírte hablar así—dijo Ernesto, acercándose a Mary, que ya no sabía con que carta quedarse—. Necesitaba escuchar de tus labios lo que acabas de decir.

—¿Pero... así... tú... eres...?

—Tu marido... Un marido vulgar que quería, como los demás, enamorar-

se de su mujer y ser correspondido... ¡eso es todo!

—¡Ernesto! —murmuró Mary, muy emocionada, con una alegría que le brillaba en los ojos y le sonreía en los labios—. ¡Ernesto, pobrecito mío, cuánto has debido de sufrir por mi culpa!...

—Mira, vamos a hablar de otra cosa, ¿quieres?—rogó Ernesto, cogiendo las manos de Mary, que ésta le entregó sin vacilaciones y mirándola con apasionamiento.

Pero se acordó de que el mayordomo seguía allí, cuadrado, y dirigiéndose a él, le dijo:

—Dimas...

—¿Señor?

—Puedes retirarte.

—¡Muy oportuno, señor!—replicó el criado, dando un suspiro de alivio y saliendo del despacho con su aire de viejo criado de casa grande, que cumple siempre con su obligación.

Don José y don Cástulo venían armados de sendos cuchillos de cocina, de los que se habían provisto, porque el primero de ellos había sorprendido

hacia unos minutos, a Ernesto atisbando por las cortinas y creyó que de nuevo el "bandido" venía con el ánimo de apoderarse de la herencia de su sobrina.

Al encontrarse con Dimas, que salía del despacho con toda su prosopopeya, se quedaron de una pieza, con los cuchillos en la mano, mirando al interior del despacho en donde Mary y Ernesto permanecían con las manos enlazadas y mirándose a los ojos con esa mirada indefinible, húmeda, emocionada, que únicamente da el amor verdadero.

—Pe... pe... pero... qué... es... es... to? —dijo, temblando de pánico, don Cástulo.

—¡Pero usted cómo consiente...! —suspiró don José, que no entendía nada de lo que pasaba—. O está usted loco... o soy yo el que se está volviendo loco...

El criado dió un suspiro, puso los ojos en blanco y él, el escéptico, el que no creía en el amor, susurró en un sueño:

—¡Qué deliciosamente tontos eran Romeo y Julieta...!

F I N

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
los mejores asuntos
cinematográficos

EDICIONES BISTAGNE



Cubierta, Imp. M. PELLICER

Muntaner, 111-Teléfono 76132